

PASTORAL VOCACIONAL¹

Un cuento: EL ESCULTOR

El escultor contemplaba un tronco de madera noble que tenía delante y, entornando los ojos, descubrió en él, como al tragaluz, una talla perfecta y luego otra y otra... en un desfile interminable. No eran seres imaginarios, no; eran reales; estaban allí dentro. Su oficio consistiría en rescatar a aquellas criaturas liberándolas de su prisión de madera.

Pero al tomar la gubia se sintió totalmente paralizado. Desde el corazón de aquel tronco, millones de seres levantaban los brazos clamando por su liberación. Salvar a uno era abandonar a muchos, pero no elegir era excluir a todos. Y, ¿cómo renunciar a salvar a aquella única criatura que le era posible?

... Y sintió un estremecimiento, porque intuyó de pronto que el tronco era su propia vida; las figuras ocultas, lo mil posibles modos de vivirla, y que él mismo debía elegir un único destino y tallarlo con sus propias manos.

Definición

La Pastoral Vocacional (PV) es la específica y compleja actividad de la Comunidad eclesial por la que, en íntima unión con la pastoral general, se compromete en la tarea de suscitar, acoger, acompañar y proporcionar la adecuada formación a las vocaciones.

Por medio de esta actividad la Iglesia crea condiciones para que cada cristiano pueda optar, con madurez y libertad, por una forma específica de seguimiento de Jesús, según la voluntad de Dios sobre su vida.

Objetivos

1. Provocar un decidido interés por las vocaciones en todos los sectores del Pueblo de Dios con quienes nos relacionamos, principalmente a través de la acción apostólica.
2. Suscitar en todos los consagrados la conciencia de su responsabilidad respecto de las vocaciones y estimularlos al compromiso en la PV, según las posibilidades de cada uno y en el marco de misión en que están trabajando.
3. Potenciar una pastoral juvenil que incluya la dimensión vocacional y que, mediante un proceso de discernimiento, promueva la opción por el propio estilo de vida.
4. Proponer la imagen clara, completa y realista de la vocación, tal como se realiza en la propia Familia carismática o Instituto, e invitar a su seguimiento.
5. Cuidar y acompañar a las personas y grupos que desean vivir la experiencia de vida consagrada, ayudándolos a responder conscientemente a la llamada de Dios.
6. Llevar a cabo una selección de calidad, atenta, cuidadosa y exigente.

¹ Ideas tomadas del doc. *Nuevas vocaciones para una nueva Europa (1997)*

Exigencias para la PV

Es preciso, ante este panorama, reactivar nuestro compromiso vocacional desde nuevas actitudes, en concreto:

1. Talante testimonial.

No se trata de hacer una PV de emergencia sino una pastoral que sea expresión normal y continuada de la maternidad de la Iglesia.

Debe aparecer como expresión estable y coherente de la maternidad de la Iglesia, abierta al designio de Dios que siempre engendra vida en ella. Por eso la PV no es la consecuencia coyuntural de la crisis e indigencia vocacionales.

Tampoco debe nacer del miedo ni de la timidez ante los destinatarios, sino que se ha de nutrir de la alegría y de la convicción en que la fuerza de Dios nunca abandona a su comunidad.

La preocupación que la alienta no es la de rellenar nuestros huecos sino el convencimiento de que hay que trabajar sinceramente en pro de todas las formas de vida cristiana.

Nace del testimonio eclesial. No es puro reclutamiento de vocaciones, ni propaganda. La vocación se difunde mediante el testimonio de una vida plenamente cristiana vivida en los ámbitos familiares, parroquiales, educativos y otros.

La vivencia de una vocación en profundidad es, pues, la primera invitación para que los demás descubran y vivan la suya. Por ello, cada miembro de la comunidad eclesial debe ser, en su nivel y desde su específica ubicación eclesial, portavoz e intérprete de la propuesta vocacional.

2. Compromiso coral.

No debe ser llevada sólo por algunos sino que está llamada a ser asumida como tarea de todos, aun cuando solamente unos cuantos estén dedicados de modo expreso a suscitar y acompañar de cerca a los llamados. O crecemos juntos en una Iglesia comunión o no crece ninguno.

Ha de ser un compromiso coral, acción de toda la comunidad cristiana en sus diversas expresiones. Por ello:

1º. Reclama una nueva mentalidad sobre la común corresponsabilidad de todos respecto de las vocaciones. Así, pues, todos deben sentirse urgidos, de una manera particular, a impulsar y apoyar la pastoral de las vocaciones sacerdotales y religiosas. Y esto, ante todo, con una vida coherente y testimoniante hasta generar una verdadera cultura vocacional.

2º. Requiere la colaboración activa de pastores, religiosos, familias y educadores y pasar de una PV llevada a cabo exclusivamente por un solo agente a una pastoral concebida como acción conjunta de toda la comunidad, evitando exenciones o delegaciones.

3º. Debe ser entendida, por su carácter propio, más que como una pastoral específica, como dimensión de toda acción pastoral. De ahí el deber de alentar y explicitar la dimensión vocacional en todos sus ámbitos (pastoral de la Palabra, liturgia y acción caritativa) y en todos sus sectores (infantil, familiar, educativo, social y otros) sin recluirla exclusivamente al ámbito de la pastoral juvenil, aún cuando encuentre en ella su lugar natural de privilegiada consideración.

Hemos de distinguir “PV” de “ministerio vocacional”. La PV realiza tareas más amplias que las que conlleva el ministerio vocacional. La misión propia de éste es sembrar, acompañar, educar, formar y discernir la vocación de los candidatos. Dicho ministerio se integra dentro de la PV. Conviene distinguirlos en un plano operativo. Todos deben involucrarse en la PV, aunque no todos puedan estar llamados a trabajar directamente con los candidatos.

3. Universal y carismática.

No se trata de plantear la vocación sólo a los cercanos (los que están en nuestros grupos) sino que se dirige a todos, porque el Señor puede llamar donde menos imaginamos. La PV es categoría unificadora, que ha de hacerse presente en toda la pastoral. La cruza transversalmente y la orienta.

Existe un flujo permanente entre la pastoral general, que debe confluir en la animación vocacional para favorecer la opción vocacional y la PV que, a su vez, debe permanecer abierta a otras dimensiones, insertándose en ellas. De esta manera, no es una pastoral aparte o paralela con relación a la pastoral eclesial. Tampoco es el apéndice o el culmen final de una sola de las acciones pastorales de la comunidad eclesial, por importante que ella sea. Es más que una pastoral sectorial, como lo son la pastoral juvenil, familiar, obrera y otras. Tampoco ha de diluirse en la pastoral general, ni colocarse al margen de ella, ni mucho menos contradecirla. En consecuencia, la PV debe estar necesariamente presente en toda la dedicación pastoral.

Debe orientarse a todas las vocaciones con las que Dios enriquece a su Pueblo. Cada persona, como ser singular, único e irrepetible, ha sido agraciada con una particular acción de Dios que, por amor, la llama a la existencia para darse a conocer a ella, ser alcanzada por el Hijo y ser habitada, poseída y vivificada por el Espíritu. Al ser universal esa llamada, la PV debe promover todas las vocaciones. De esta manera, evita elitismos, olvidos o recelos, y no cae en disolución, rebajamiento de identidades o dispersión en sus planteamientos.

La PV debe ser **carismática**. Sin perder su apertura eclesial, debe suscitar y promover vocaciones para la Iglesia, presentando expresamente la propia vocación acentuando los rasgos esenciales del propio carisma. Deberá, por tanto, explicitar en toda propuesta vocacional que el carisma particular puede ser vivido como consagrados y como laicos.

4. Conectada con la pastoral juvenil.

Ha de conectar, en particular, con la pastoral juvenil como parte constitutiva de ella. Ésta es completa si lleva a los jóvenes a plantearse la vocación ante el Señor. Ello le exige mantener siempre la perspectiva vocacional en sentido amplio.

Por tanto, desde un esmerado acompañamiento vocacional, preparará el momento más adecuado para mostrar a todos los jóvenes las diversas vocaciones de la Iglesia y de la Congregación y para hacer a algunos una propuesta vocacional más personal, sea o no concepcionista. Esto supone, en las responsables de esta pastoral, valentía para proponer, capacidad de acompañar y orientar a la candidata en el discernimiento progresivo de la propia vocación y firmeza en exigirle la fidelidad debida al Señor.

5. Personalizada.

Hay que desterrar el mero reclutamiento, porque se trata de una pastoral que acompañe a las personas con cercanía y profundo respeto.

Ha de centrarse en cada persona para que ésta llegue a descubrir y discernir el designio de Dios sobre su vida y formalice su opción vocacional. Normalmente no se llega a la madurez de la fe en la opción vocacional si no es por la mediación de otros creyentes. Ellos ayudan a desvelar el misterio de Dios y las exigencias de su Palabra y proporcionan aquel clima particular que sólo la relación personal puede garantizar. La ayuda vocacional deberá tener siempre en cuenta la realidad de cada persona, su contexto social, sus preocupaciones y sus necesidades, según la etapa evolutiva en que se encuentre.

TAREAS DEL MINISTERIO VOCACIONAL

El término ministerio viene del latín *ministerium* que significa **servicio**. En las primeras comunidades de la Iglesia vemos una gran variedad de servicios, funciones y tareas que reciben la denominación común de ministerios.

Pablo recuerda encarecidamente a la comunidad de Tesalónica que valore «a esos de vosotros que trabajan duro, haciéndose cargo de vosotros por el Señor y llamándoos al orden» (1Tes 5, 12). Dentro de la rica pluralidad de carismas, ministerios y funciones de la Iglesia (Rom 12, 6-8; 1Cor 12, 4-11; Ef 4, 11-12), hay tres ministerios a los que se da un valor nuclear: los apóstoles, los profetas y los doctores (1Cor 12, 28); junto a estos están los evangelistas y los pastores (Ef 4,11), y los responsables de cada comunidad (2 Cor 1, 1; Fil 1, 1; Rom 16, 3 ss.).

La teología sobre el ministerio la tenemos sintetizada en Ef 4, 1-6. En las cartas pastorales el obispo es el que preside la comunidad; los presbíteros y diáconos aparecen como colaboradores íntimamente asociados a los obispos (Tit 1, 5-7; 1 Pe 5, 1-2; Hch 20, 17-28). En la Carta a los Hebreos se habla de los «primeros testigos» que guían y confirman a sus hermanos en la fe, la esperanza y el amor (Hb 2, 3-4; 13, 7). En este marco nos queremos situar. Y desde ahí contemplamos las acciones pedagógicas que exige este peculiar ministerio.

1. SEMBRAR (Cf. NVNE 33)

*Salió un sembrador a sembrar, y de la simiente, parte cayó junto al camino, y viniendo las aves se la comieron. Otra cayó en terreno pedregoso, donde no había mucha tierra; brotó en seguida porque la tierra era poco profunda; pero cuando salió el sol se agostó, y se secó porque no tenía raíz. Parte cayó entre cardos, pero éstos crecieron y la ahogaron. Finalmente otra parte cayó en tierra buena y dio fruto, una ciento, otra sesenta, otra treinta + (Mt 13, 3-8).

Según hemos indicado, la primera tarea del animador vocacional es sembrar. Nos conviene detenernos a considerar el significado y el alcance de esta acción que precede a todas las demás, sabiendo que solamente se recogerá lo que primeramente se ha sembrado.

a) ¿QUÉ SEMBRAR? LA MÁS PEQUEÑA DE TODAS LAS SEMILLAS

La dimensión vocacional penetra todo el Evangelio. En efecto, todo encuentro o diálogo que registra el Evangelio tiene un significado vocacional. Jesús recorre los caminos de Galilea como enviado por el Padre para llamar al hombre a la salvación y revelarle el designio del Padre mismo. Todo en Jesús es, por tanto, llamada. El fue sembrador.

No es ciertamente labor fácil, hoy, *la del sembrador vocacional+. Por los motivos que sabemos: no existe, propiamente hablando, una cultura vocacional;

el modelo antropológico prevalente parece ser el del *hombre sin vocación+; el contexto social es éticamente neutro y carente de esperanza y de modelos prospectivos. Todos los elementos parecen concurrir para debilitar la propuesta vocacional y, quizá, nos permiten aplicarle cuanto Jesús dice a propósito del Reino de Dios (cfr. Mt 13,31 ss.): la semilla de la vocación es como un granito de mostaza que cuando se lo siembra, o cuando viene propuesta o indicada como presente, es la más pequeña de todas las semillas; muy a menudo no suscita consenso inmediato alguno; al contrario, es negada y desmentida, es como sofocada por otras expectativas y proyectos, ni tomada en serio; o, más bien, se la mira con recelo y desconfianza, como si fuese una semilla de infelicidad.

Y, entonces, el joven, rechaza, dice no interesarle, ha hipotecado ya su futuro (u otros ya lo han hecho por él); o quizá dice que le agradaría y le interesa, pero que no está seguro y, además, es muy difícil y le da miedo... Nada de extraño y absurdo en esta reacción medrosa y negativa; en el fondo lo había dicho ya el Señor. La semilla de la vocación es la más pequeña de todas las semillas, es débil y no se impone, precisamente porque es manifestación de la libertad de Dios que quiere respetar hasta el extremo la libertad del hombre.

Y, por lo tanto, también es necesaria la libertad del animador vocacional: una libertad de espíritu que permita continuar y no echarse atrás ante el rechazo y desinterés iniciales.

Jesús dice, en la breve parábola del grano de mostaza, que *una vez crecida, es la más grande de las hortalizas+ (Mt 13,32); por tanto, es una semilla que posee su fuerza, aunque no es evidente de inmediato, antes bien, necesita muchos cuidados para madurar. La siembra es sólo el primer paso, al que deben seguir otras atenciones bien precisas.

b) **¿CÓMO SEMBRAR? COMO LO HACE DIOS, RESPETANDO LA LIBERTAD**

La actitud del animador vocacional debe inspirarse en el hacer de Dios. Dios-Padre es el sembrador. Los campos donde continúa esparciendo su semilla son la Iglesia y mundo. Y la esparce abundantemente, con absoluta libertad y sin exclusiones de ningún tipo.

La parábola del sembrador manifiesta que la vocación es un diálogo entre Dios y la persona humana. El interlocutor principal es Dios, que llama a quien quiere, cuando quiere y como quiere *según su propósito y su gracia+ (2 Tim 1,9). Llama a todos a la salvación, sin dejarse limitar por las disposiciones del receptor. Pero la libertad de Dios se encuentra con la libertad del hombre, en un diálogo misterioso y fascinante, hecho de palabras y silencios, de mensajes y acciones, de miradas y gestos; una libertad perfecta, la de Dios, y otra imperfecta, la del hombre. La vocación es, por tanto, totalmente acción de Dios, pero también real

actividad del hombre: trabajo y penetración de Dios en lo profundo de la libertad humana, pero también fatiga y lucha del hombre libre de acoger el don.

El animador vocacional sabe que podrá ayudar a un hermano sólo si respeta el misterio de su libertad. Incluso cuando ello debiera suponer, al menos en apariencia, un menor resultado. Como ocurre con el sembrador de la parábola.

c) **¿DÓNDE SEMBRAR? POR DOQUIER**

Precisamente el respeto de ambas libertades significa, ante todo, valor para *sembrar* la buena semilla de la fe y del seguimiento. No se hace ninguna pastoral vocacional, si no se tiene este valor. No sólo esto; sino que es necesario sembrar por *doquier*, en el corazón de *cualquiera*, sin ninguna preferencia o excepción. Si todo ser humano es criatura de Dios, también es portador de un don, de una vocación particular que espera ser reconocida.

Con frecuencia, deploramos en la Iglesia la escasez de respuestas vocacionales; y no reparamos en que, con igual frecuencia, la propuesta es hecha dentro de un limitado círculo de personas, y, tal vez, retirada inmediatamente tras el primer rechazo. Viene bien recordar aquí, el reclamo de Pablo VI: “Que ninguno, por nuestra culpa, ignore lo que debe saber, para orientar, en sentido diverso y mejor, la propia vida+. Y, sin embargo, ¡cuántos jóvenes nunca han oído una propuesta cristiana acerca de su vida y de su futuro!”.

d) **¿CUÁNDO SEMBRAR? EN EL TIEMPO PROPICIO**

Forma parte de la sabiduría del sembrador esparcir la buena semilla de la vocación en el momento propicio. Lo que de ningún modo significa adelantar los tiempos de la opción o pretender que el adolescente tenga la misma capacidad de decisión que un joven, sino comprender y respetar el sentido vocacional de la vida humana.

Cada etapa de la existencia tiene un significado vocacional, comenzando del momento en el que el muchacho/a se abre a la vida y tiene necesidad de comprender su sentido, e intenta preguntarse sobre cuál es su papel en ella. No dar respuesta a tal pregunta en el momento adecuado, podría perjudicar el germinar de la semilla: *la experiencia pastoral demuestra que la primera señal de la vocación aparece, en la mayor parte de los casos, en la infancia y en la adolescencia. Por esto parece importante recuperar o proponer fórmulas que puedan suscitar, sostener y acompañar esta primera manifestación vocacional+. Sin limitarse exclusivamente a ellas. Cada persona tiene sus ritmos y sus tiempos de maduración. Lo importante es que junto a sí tenga un buen sembrador.

2. ACOMPAÑAR (Cf. NVNE 34)

*El mismo día, dos de ellos iban a una aldea, que dista de Jerusalén sesenta estadios, llamada Emaús, y hablaban entre sí de todos estos acontecimientos. Mientras iban hablando y razonando, el mismo Jesús se les acercó e iba con ellos, pero sus ojos no podían reconocerle+ (Lc 24, 13-16).

Una vez sembrada la semilla... se trata de actuar sobre la sementera. Las actividades propias del animador vocacional, una vez realizada la siembra, las calificamos de acompañar, educar y formar. A ellas dedicamos las tres partes siguientes que absorberán la mayor parte de su trabajo pastoral.

Elegimos, para describir las articulaciones de acompañar, educar y formar, el episodio de los dos discípulos de Emaús. Es un pasaje significativo porque, además de la sabiduría del contenido y del método pedagógico seguido por Jesús, nos parece ver en los discípulos la imagen de tantos jóvenes de hoy, un tanto tristes y desanimados, que parecen haber perdido toda ilusión por buscar su vocación.

a) PONERSE AL LADO.

El primer paso, o el primer cuidado en este camino, es *ponerse al lado*: el sembrador o quien ha despertado en el joven la conciencia de la semilla sembrada en el terreno de su corazón, se convierte ahora en *acompañante*.

En la teología de la presente reflexión, se indicó como propio del Espíritu el ministerio del acompañamiento. En efecto, es el Espíritu del Padre y del Hijo quien permanece junto al hombre para recordarle la Palabra del Maestro; es también el Espíritu quien habita en el hombre para suscitar en él la conciencia de ser hijo del Padre. Es, por tanto, el Espíritu el modelo en el que se debe inspirar aquel hermano o hermana mayor que acompaña al hermano o hermana menor en búsqueda.

Se trata por tanto de *compartir real y físicamente la vida*. Para observar la conducta de alguien y llegar de ahí a sus actitudes, sentimientos y motivaciones es indispensable vivir codo a codo con él y prestarle una atención inteligente. La vida cotidiana y la convivencia son la mejor fuente de información para conocer a una persona, porque permite acceder a ciertos matices del comportamiento, como reacciones, simpatías, antipatías, emociones, depresiones, costumbres, humor, cosas que no se aguantan, olvidos, nerviosismos, preferencias, extrañezas... Es decir, posibilita obtener un panorama relativamente completo que permite a su vez identificar más fácilmente la situación general y la inconsistencia básica.

b) SEGUIR UN ITINERARIO VOCACIONAL

☒ Un itinerario pedagógico vocacional es un viaje orientado hacia la *madurez de la fe*, como una peregrinación hacia el *estado adulto* del creyente, llamado a disponer de sí mismo y de la propia vida *con libertad y responsabilidad*, según la verdad del misterioso *proyecto pensado por Dios* para él.

☒ Tal viaje se realiza por etapas en *compañía* de un hermano o hermana mayor en la fe y en *el discipulado*, que conoce el camino, la voz y los pasos de Dios, que ayuda a reconocer al Señor que llama y a discernir el camino que recorrer para llegar a El y responderle.

☒ Un itinerario vocacional es, por tanto, y ante todo, camino con El, el Señor de la vida, aquel “Jesús en persona”, que se aproxima al camino del hombre, hace el mismo recorrido y entra en su historia. Pero los ojos de carne, a menudo, no lo saben reconocer; y, entonces, el caminar humano permanece solitario, y el conversar inútil, mientras que la búsqueda arriesga a perpetuarse en un interminable y a veces narcisista “hacer experiencias”, incluso vocacionales, sin ningún resultado definitivo.

c) SEÑALAR LA PRESENCIA DE OTRO.

Una importante tarea del acompañante vocacional es la de *indicar la presencia de Otro*, o de admitir la naturaleza *relativa* del propio acompañamiento, para ser mediación de tal presencia, o itinerario hacia el descubrimiento del Dios que llama y se avecina a cada hombre.

Como los discípulos de Emaús, o como Samuel durante la noche, con frecuencia nuestros jóvenes no tienen ojos para ver ni oídos para oír a Quien camina junto a cada uno y, con insistencia y delicadeza a la vez, pronuncia su nombre. El hermano que acompaña es el signo de esa insistencia y delicadeza; su tarea es la de ayudar a reconocer la procedencia de la voz misteriosa; no habla de sí, sino que anuncia a Otro que, sin embargo, está ya presente; como Juan Bautista.

d) IDENTIFICAR LOS POZOS DE AGUA

☒ *Comienzo de un inédito coloquio vocacional*. “Jesús cansado del viaje, se sentó junto al pozo...” (Jn 4,6): es el arranque de lo que podemos considerar un inédito coloquio vocacional: el encuentro de Jesús con la samaritana. La mujer, en efecto, a través de este encuentro, recorre un itinerario hacia el descubrimiento de sí misma y del Mesías, convirtiéndose inmediatamente en su anunciadora.

☒ *La soberana libertad de Jesús*. También este pasaje trasluce la soberana libertad de Jesús en buscar *dondequiera y en quienquiera* a sus mensajeros; pero, también es llamativo el cuidado, por parte de Aquél

que es el camino del hombre hacia el Padre, de cruzarse con la criatura a lo largo de sus caminos, o de esperarla donde más evidente y viva es su espera. Es cuanto se puede deducir de la imagen simbólica del “pozo”.

☒ *Identificar los pozos de hoy.* Los pozos, en la antigua sociedad judaica, eran fuentes de vida, condición básica de supervivencia de un pueblo siempre preocupado por la penuria de agua. Es un símbolo, el agua *para y de la vida*, utilizado por Jesús. Para nuestros jóvenes se trata de todos los lugares y momentos, los desafíos y expectativas, por donde antes o después deben pasar con sus ánforas vacías, con sus interrogantes no expresados, con su suficiencia arrogante pero a menudo sólo aparente, con su deseo profundo e indeleble de autenticidad y de futuro.

☒ *No una pastoral de espera.* La pastoral vocacional no puede ser “de espera”, sino actuación de quien busca y no se da por vencido hasta que no haya encontrado, y se hace encontrar en el lugar y en el “pozo” justo, allí donde el joven da cita a la vida y al futuro. Por ello, debe *partir de las preguntas que se hace el joven*. El acompañante vocacional debe ser uno que no impone necesariamente sus preguntas, sino que parte de las del joven mismo, de cualquier tipo que sean.

e) **COMPARTIR Y TESTIMONIAR LA PROPIA VOCACIÓN**

☒ *Sentido.* Por el latín medieval sabemos que acompañamiento viene de *cum-panio*, “el que comparte el pan”.

a. Acompañar a un joven en su discernimiento vocacional no es conferir una dirección (espiritual) a su vida, o enseñarle cosas o entablar una relación en un único sentido.

b. Acompañar es esencialmente *compartir*, compartir el pan del camino, es decir, la propia fe, la memoria de Dios, la experiencia de la lucha, de la búsqueda, del amor a Dios.

☒ *Compartir.* Realizar acompañamiento vocacional significa ante todo *compartir*: el pan de la fe, de la esperanza en Dios, de la fatiga en la búsqueda, hasta compartir también la vocación: no para imponerla, evidentemente, sino para atestiguar la grandeza de una vida que se realiza según un designio de Dios.

El rol comunicativo típico del acompañamiento vocacional no es ni el didáctico o exhortativo, ni tampoco el de amistad, por un lado, o, por el otro, el del director espiritual (entendido éste como quien imprime inmediatamente una dirección precisa a la vida de otro), sino que es el papel de la *confessio fidei*.

☒ *Testimoniar*. Quien realiza acompañamiento vocacional *testimonia* la propia opción o, mejor, su particular elección por Dios, da a conocer -no necesariamente con palabras- su camino vocacional, y, por tanto, da a conocer también o deja traslucir, la fatiga, la novedad, el riesgo, la sorpresa, la grandeza.

☒ *Personalizar*. De esto deriva una catequesis vocacional de persona a persona, de corazón a corazón, rica de humanidad y originalidad, de ardor y fuerza convincentes; una animación vocacional sapiencial y experiencial. Un poco como la experiencia de los primeros discípulos de Jesús que “fueron y vieron dónde moraba, y permanecieron con El aquel día” (Jn 1,39); y tanto les debió impresionar aquella experiencia que Juan, después de muchos años, recuerda que “eran cerca de las cuatro de la tarde”.

☒ *Por contagio*. Se hace animación vocacional sólo por *contagio*, es decir, por contacto directo, porque el corazón está lleno y la experiencia de la grandeza continúa cautivando. Precisamente por esto el acompañante vocacional es también un entusiasta de su vocación y de la posibilidad de transmitirla a otros; es testigo, no sólo convencido, sino feliz, y por tanto, convincente y creíble.

Sólo así el mensaje abarca la totalidad espiritual de la persona, corazón-mente-voluntad, proponiendo algo que es verdadero-grande-bueno.

☒ *La atracción*. Es el significado de la *con-vocación*: nadie puede pasar junto al anunciante de una tan “buena noticia” sin sentirse atraído, “totalmente” llamado, en cada nivel de su personalidad, y continuamente llamado, por Dios, ciertamente, pero también por tantas personas, ideales, situaciones inéditas, retos diversos, mediaciones humanas de la llamada divina. Entonces el signo vocacional puede ser percibido mejor.

3. EDUCAR (Cf. NVNE 35)

*Y les dijo: *) Qué discursos son éstos que vais haciendo entre vosotros mientras caminaís? *Ellos se detuvieron entristecidos, y tomando la palabra uno de ellos, por nombre Cleofás, le dijo: *) Eres tú el único forastero en Jerusalén que no conoce los sucesos en ella ocurridos estos días?+. El les dijo: *) Cuáles?+. Le contestaron: *Lo de Jesús Nazareno, varón profeta, poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo...+. Y El les dijo: *(Oh hombres sin inteligencia y tardos de corazón para creer todo lo que vaticinaron los profetas!) No era preciso que el Mesías padeciese esto y entrase en su gloria?+. Y comenzando por Moisés y por todos los profetas, les fue declarando cuanto a El se refería en todas las

Escrituras. Se acercaron a la aldea adonde iban, y El fingió seguir adelante. Le obligaron diciendo: * Quédate con nosotros, porque se hace tarde y el día ya declina+. Y entró para quedarse con ellos + (Lc 24,17-29).

Después de la siembra, que se continúa como hemos visto a lo largo del camino del acompañamiento, se trata de educar al candidato. Educar, en el sentido etimológico del verbo, es como un sacar fuera (*e-ducere*) de él su verdad, la que tiene en su corazón, incluso lo que no sabe ni conoce de sí mismo: debilidades y aspiraciones, para favorecer la libertad de la respuesta vocacional. La mediación del acompañante debe, por tanto, *e-ducar*, es decir, *e-ducere*: sacar fuera o e-vocar la verdad de la persona, lo que ella es en su consciente e inconsciente, con su historia y sus heridas, con sus dotes y debilidades, para que pueda conocerse y realizarse en lo más posible.

En este sentido, educar es propio del Dios Padre Creador, que extrae, que saca fuera las cosas del caos y las criaturas de la nada para establecer un orden y transmitir la vida. Significa, pues, participar, en la obra creadora y constructora de Dios, algo que normalmente se realiza a largo plazo, que es fruto de un amor fuerte y tierno, que requiere paciencia y benevolencia infinitas. La paciencia del campesino que espera y respeta los ritmos naturales, pero también las energías del hombre capaz de superar el posible rechazo de quien prefiere la inercia de la dependencia al coraje de descubrir y afirmar su identidad.

a) EDUCAR EN EL CONOCIMIENTO DE SÍ MISMO

Jesús se aproxima a los dos y les pregunta de qué hablan. El lo sabe, pero quiere que ambos se manifiesten a sí mismos, y, señalando su tristeza y sus esperanzas perdidas, les ayuda a adquirir conciencia de su problema y del motivo real de su turbación. Así ambos se ven virtualmente obligados a releer la reciente historia haciendo vislumbrar el verdadero motivo de su tristeza.

☐ **Nosotros esperábamos...*+; pero la historia parece haber andado en sentido contrario a sus esperanzas. En realidad, primero, ellos han vivido todas las experiencias significativas con Jesús, **poderoso en obras y en palabras*+; pero es como si este camino de fe, de repente, se hubiese interrumpido ante un acontecimiento incomprensible como el de la pasión y muerte de Aquél que habría debido liberar a Israel.

☐☐ **Nosotros esperábamos, pero...*+ : ¿cómo no reconocer en esta frase incompleta la historia de tantos jóvenes que parecen interesados en el tema vocacional, se dejan provocar y muestran una buena predisposición, pero que, después, se detienen ante una decisión que tomar? Jesús, en algún modo, estimula a los dos a admitir la diferencia entre sus esperanzas y el plan de Dios como se realizó en Jesús; entre su

modo de entender el Mesías y su muerte de cruz, entre sus esperanzas tan humanas e interesadas y el significado de una salvación que viene de lo alto.

?? *Tomar conciencia del propio egocentrismo.* De igual modo, es importante y decisivo ayudar a los jóvenes a que echen fuera el equívoco de fondo: una interpretación de la vida demasiado terrena y centrada en torno al yo que hace difícil o francamente imposible la opción vocacional, o hace sentir excesivas las exigencias de la llamada, como si el plan de Dios fuese enemigo de la necesidad de felicidad del hombre.

Cuántos jóvenes no han acogido la llamada vocacional no por no ser generosos e indiferentes, sino simplemente porque *no se les ha ayudado a conocerse*, a descubrir la raíz ambivalente y pagana de ciertos esquemas mentales y afectivos; y porque no se les ha ayudado a *liberarse* de sus miedos y seguridades, conocidos o ignorados, respecto a la vocación misma. (¡Cuántos abortos vocacionales a causa de este vacío educativo!

?? *La sinceridad, como paso necesario.* Educar significa, ante todo, sacar fuera la realidad del yo, tal como es, si después se quiere llevarlo a ser como debe ser: la sinceridad es un paso fundamental para llegar a la verdad, pero en cada caso es necesaria una ayuda exterior para ver bien el interior. El educador vocacional, por tanto, debe conocer los entresijos del corazón humano, para acompañar al joven en la construcción de su verdadero yo.

? Trata, más aun, de *pasar de la sinceridad a la verdad*, del descubrimiento subjetivo de lo que uno siente al descubrimiento objetivo de lo que uno siente al descubrimiento objetivo de la propia realidad interior, del simple reconocimiento de los sentimientos de cada uno al coraje de llegar a las motivaciones que hay detrás de ellos e identificarlas. Es educar para la oración “en espíritu y en verdad” (Jn 4,24), para la oración como lugar ideal donde la verdad sobre uno mismo resuena ante la verdad de Dios, donde el creyente puede contar a Dios “toda la verdad” (como la hemorroisa al verse descubierta), y al sentirse acogido, puede él también acoger a su vez a los demás y toda su verdad.

b) EDUCAR EN EL MISTERIO

? *El misterio como clave de lectura.* La pérdida del significado del misterio es una de las causas más importantes de la crisis vocacional. Aquí nace la paradoja. Cuando el joven es conducido a las fuentes de sí mismo, y puede ver cara a cara también sus debilidades y temores, tiene la impresión de que comprende mejor el motivo de ciertas actitudes y reacciones suyas y, al mismo tiempo, capta cada vez mejor la realidad del misterio como *clave de la lectura de la vida y de su persona*.

? Es indispensable que el joven *acepte no saber*, no poder conocerse hasta el fondo. La vida no está enteramente en sus manos, porque *la vida es misterio* y, por otra

parte, *el misterio es vida*; o de otra manera, el misterio es aquella parte del yo que todavía no ha sido descubierta, ni todavía vivida y que espera ser descifrada y realizada; misterio es aquella realidad personal que aún debe crecer, rica de vida y de posibilidades existenciales todavía intactas, es la parte germinativa del yo.

Y por consiguiente aceptar el misterio es signo de inteligencia, de libertad interior, de voluntad de futuro y de cambio, de rechazo de una concepción repetitiva y pasiva, aburrida y trivial de la vida. He aquí por qué dijimos al inicio de este documento, que la pastoral vocacional debe ser mistagógica, y, por consiguiente, partir una y otra vez del misterio de Dios para reconducir al misterio del hombre.

☒☒ *Necesidad de revelación.* Al mismo tiempo la categoría del misterio llega a ser categoría propedéutica a la fe. Es posible y, para ciertos aspectos natural, que llegados a este punto el joven sienta brotar dentro de sí como *una necesidad de revelación*; esto es, el deseo de que el Autor mismo de la vida le revele su significado y el puesto que en ella ha de ocupar.) Qué otros, además del Padre, pueden realizar tal revelación?

Por otra parte, no es importante que el joven descubra de repente (o que el guía intuya inmediatamente) el camino que ha de seguir: lo que importa es que descubra y decida en cada caso situar *fuera de sí*, en Dios Padre, la búsqueda del fundamento de su existencia. (¡Un auténtico camino vocacional lleva siempre y de cualquier modo al descubrimiento de la paternidad y maternidad de Dios!

c) **EDUCAR PARA LEER LA PROPIA VIDA**

☒☒ En el Evangelio Jesús invita a los dos de Emaús, en cierto modo, a volver a la vida, a los sucesos que habían causado su tristeza, mediante un sabio método de lectura, capaz no sólo de recomponer entre ellos los acontecimientos en torno a un significado central, sino de descubrir, en el entramado misterioso de la vida humana, la hebra de un proyecto divino. Es el método que podríamos llamar *genético-histórico*, el cual hace buscar y encontrar en la propia biografía las actuaciones y las huellas del paso de Dios y, por tanto, también, su voz que llama. Tal método:

☒Es *a la vez tiempo deductivo e inductivo, o histórico-bíblico*: parte, en efecto, de la verdad revelada y al mismo tiempo de la realidad histórica, y así favorece el diálogo ininterrumpido entre el vivir subjetivo (los datos citados por los dos discípulos) y referencia a la Palabra (* Y comenzando por Moisés y por todos los profetas, les fue declarando cuanto a El se refería en todas las Escrituras+, Lc 24,27).

☒Indica en la *normatividad de la palabra y en la centralidad del misterio de Cristo muerto y resucitado*, un preciso punto de interpretación de los

acontecimientos existenciales, sin rechazar suceso alguno, en especial los más difíciles y dolorosos. (*) No era *preciso* que el Mesías padeciese esto y entrase en su gloria?+, Lc 24,26).

- ☒ La lectura de la vida llega a ser así una acción altamente espiritual, y no sólo psicológica, porque lleva a reconocer en ella la presencia luminosa y misteriosa de Dios y de su Palabra. Y, en el interior de este misterio, permite descubrir poco a poco, la semilla de la vocación que el mismo Padre-sembrador ha depositado en los surcos de la vida. Aquella semilla que, aunque pequeña, ahora comienza a brotar y a crecer.

d) **EDUCAR PARA IN-VOCAR**

- ☒ Si la lectura de la vida es acción espiritual, ella obliga necesariamente a la persona no sólo a reconocer su necesidad de revelación, sino a *celebrarla*, con la oración de *in-vocación*. Educar quiere decir e-vocar la verdad del yo. Dicha evocación nace precisamente de la in-vocación orante, de una oración que es más oración de confianza que de petición, oración como admiración y gratitud; pero también como lucha y tensión, como * vaciado + de las propias ambiciones para acoger esperanzas, peticiones, deseos del Otro: del Padre que en el Hijo puede indicar al que busca el camino a seguir.
- ☒ Pero, entonces, la oración se convierte en *lugar del discernimiento vocacional*, de la educación a la *escucha de Dios que llama*, porque cualquier vocación tiene su origen en los momentos de una oración suplicante, paciente y confiada; sostenida no por la exigencia de una respuesta inmediata, sino por la certeza o por la confianza de que la invocación será escuchada, y permitirá descubrir, a su tiempo, a quien invoca, su vocación.
- ☒☒ En el episodio de Emaús todo esto es puesto en evidencia en una frase esencial, quizá la más bella oración jamás salida de corazón humano: * Quédate con nosotros porque se hace tarde y el día ya declina + (Lc 24,29). Es la súplica de quien sabe que sin el Señor se hace rápidamente noche en la vida, que sin su palabra brota la oscuridad de la incompreensión o de la confusión de identidad; la vida aparece sin sentido y sin vocación. Es el ruego de quien, quizá, todavía no ha descubierto su camino, pero intuye que estando con El se encuentra a sí mismo, porque sólo El tiene * palabras de vida eterna + (Jn 6,68).
- ☒ Este tipo de oración in-vocante no se aprende espontáneamente, sino que tiene necesidad de un largo aprendizaje; y no se aprende solo, sino con la ayuda de quien ha aprendido a escuchar los silencios de Dios. Ni cualquiera puede enseñar tal oración, sino sólo aquél que es fiel a su vocación.

- ☐ Y, por consiguiente, si la oración es el camino natural de la búsqueda vocacional, hoy como ayer, o mejor, como siempre, son necesarios educadores vocacionales los que recen, enseñen a rezar, eduquen a la invocación.

4. FORMAR (Cf. NVNE 36)

*Sentado con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Se les abrieron los ojos y le reconocieron, y desapareció de su presencia. Se dijeron uno a otro: *) No ardían nuestros corazones dentro de nosotros mientras en el camino nos hablaba y nos declaraba las Escrituras?+ (Lc 24,30-32).

No basta con educar, hay también que formar, esto es, proponer un modelo concreto, un nuevo modo de ser o una “forma” que constituye la nueva identidad del candidato, lo que es llamado a ser.

Para algunos, las últimas décadas han sido tiempos de reticencia y de ambigüedad, si no de silencio sobre el *contenido* de este modelo. La acción pedagógica, en nuestros ambientes, ha tenido una impronta más educativa que formativa y se ha contentado con pedir a cada uno que se conociera para poder “ser él mismo”. Pero ha corrido el riesgo de quedarse en el horizonte algo neutro y poco relevante de la autorrealización, como si el primer y único mandamiento fuera el de afirmarse en la vida, incluso compitiendo y perjudicando a los demás, sin nada nuevo, para un yo condenado a repetirse infinitamente. Pero sólo cuando se propone un modelo auténtico se señala al joven una dirección nueva y concreta que moviliza sus mejores recuerdos, pero que también le da mucho y lo atrae porque es la fuente de su verdad a la que le propone un camino liberador (aunque costoso) de conversión.

Por consiguiente, si educar evoca la verdad del hombre, formar comporta una *pro-vocación* del mismo, una propuesta que exige dar el máximo de uno mismo y que revela, por tanto, hasta dónde puede llegar cada uno. Sea lo que fuere, lo cierto es que toda auténtica actividad formativa, tiene efectos rompedores: es una novedad que sorprende y a veces intimida, que suscita nuevas expectativas y estímulos, que produce tensión y a veces insatisfacción, que exige cambiar de actitudes y superar los viejos modos de vivir, que impulsa hacia delante, hacia metas insospechadas el equilibrio de la persona, que inicia una nueva fase de la vida y provoca también resistencias y posturas defensivas... Si educar es roturar la tierra, formar es introducir en ella la vitalidad de una semilla, una fuerza que irrumpe y genera nueva vida. La semilla que cae en la tierra, muere y fructifica.

Es el Hijo, impronta del Padre, el formador de los hombres, pues es el modelo según el cual el Padre creó al hombre. Por esto El invita a los que llama a tener sus mismos sentimientos y a compartir su vida, a tener su *forma+. El es, al mismo tiempo,

el formador y la forma. El animador vocacional es tal en cuanto es mediador de esta acción divina, y se coloca junto al joven para ayudarlo a *reconocer+ en ella su llamada y a dejarse formar por ella.

a) RECONOCER A JESÚS AL PARTIR EL PAN

El momento decisivo del episodio de Emaús es, sin duda, aquél en el que Jesús toma el pan, lo parte y lo da a cada uno de ellos: *Entonces se abrieron sus ojos y lo reconocieron+. Se dan aquí una serie de *reconocimientos+ que se relacionan entre sí:

☞☞Ante todo, los dos *reconocen a Jesús*, descubren la verdadera identidad del caminante que se les ha juntado, precisamente porque aquel gesto lo podía hacer sólo El, como bien sabían los dos.

En perspectiva vocacional esto quiere decir la importancia que tiene llevar a cabo gestos fuertes, signos inconfundibles, propuestas grandes, proyectos de seguimiento radical.

El joven necesita ser estimulado por ideales grandes, por algo que le supera y que está por encima de sus posibilidades, por algo por lo que vale la pena dar la propia vida. Lo dice, incluso, el análisis psicológico: pedir a un joven algo que esté por debajo de sus posibilidades, significa ofender su dignidad e impedir su plena realización; dicho de manera positiva, al joven hay que proponerle el máximo de lo que puede dar para que llegue a ser y sea él mismo.

☞☞Y si Jesús es reconocido **en el partir del pan+*, la dimensión eucarística debería estar en el fondo de todo camino vocacional: como *lugar+ típico del apremio vocacional, como misterio que explica el sentido general de la vida humana, como objetivo final de cualquier pastoral vocacional que quiera ser cristiana.

b) RECONOCER LA VERDAD DE LA VIDA

Pero en este momento, en un auténtico proceso de formación a la opción vocacional, surge otro *reconocimiento+: el *reconocimiento- descubrimiento, dentro del misterio eucarístico, del significado de la vida*. Si la Eucaristía es el sacrificio de Cristo que salva a la humanidad, y si dicho sacrificio es cuerpo roto y sangre derramada por la salvación de la humanidad, también la vida del creyente está llamada a modelarse sobre la misma correlación de significados: también *la vida es bien recibido que tiende, por su naturaleza, a convertirse en bien dado*, como la vida del Verbo. Es la verdad de la vida, de toda vida.

Las consecuencias en plano vocacional son evidentes. Si hay un don al comienzo de la vida del hombre, que lo constituye en ser, entonces la vida tiene el camino trazado: si es don, será plenamente él mismo sólo si se realiza en la perspectiva del darse; será feliz a condición de respetar esta naturaleza suya. Podrá hacer la opción que quiera, pero siempre en la lógica del don, de otra manera se convertirá en un ser en contraste consigo mismo, una realidad *monstruosa+; será libre de elegir la orientación específica que quiera, pero *no será libre de pensarse fuera de la lógica del don*.

Toda la pastoral vocacional está construida sobre esta catequesis fundamental del significado de la vida. Si se admite esta verdad antropológica, entonces se puede hacer cualquier propuesta vocacional. También, entonces, la vocación al ministerio ordenado o a la consagración religiosa o secular, con toda su carga de misterio y mortificación, llega a ser la plena realización de lo humano y del don que cada hombre *tiene y es* en lo más profundo de su ser.

c) RECONOCER Y AGRADECER

Pero si es en el gesto eucarístico en el que los dos de Emaús *reconocen+ al Señor, y cada creyente el sentido de la vida, entonces la *vocación nace del *reconocimiento+*. Nace sobre el terreno de la gratitud, porque la vocación es respuesta, no iniciativa personal de cada uno: *es ser escogido*, no escoger.

Precisamente a esta disposición interior de gratitud debería llevar la lectura de toda la vida pasada. El descubrimiento de haber recibido de modo inmerecido y con abundancia, debería *impulsar+ psicológicamente al joven a concebir el ofrecimiento de sí, en la opción vocacional, como una consecuencia inevitable, como un acto verdaderamente *libre*, porque está determinado por el amor; pero en cierto sentido también *debido*, porque frente al amor recibido de Dios, él siente no poder hacer otra cosa que darse. Es bello y del todo lógico que sea así; de por sí tampoco es cosa extraordinaria.

La pastoral vocacional busca formar en esta *lógica del reconocimiento-gratitud*, mucho más recta y convincente, en el plano humano, y más teológicamente fundamentada que la llamada *lógica del héroe+, de quien no ha madurado bastante el conocimiento de haber recibido, y se siente a sí mismo autor del don y de la elección. Tal lógica tiene muy poco arraigo en la sensibilidad juvenil actual, porque subvierte la verdad de la vida como bien recibido que tiende *naturalmente* a convertirse en bien dado.

Es la sabiduría evangélica del *gratis habéis recibido, dad gratis+ (Mt 10,8), enseñada por Jesús a los discípulos-anunciadores de su palabra, que dice la verdad de *todo* ser humano: nadie podría no reconocerse en ella.

Es de esta verdad de donde la vida toma la *forma* que después es llamada a asumir, o es de esta figura única de la fe desde la que nacen después *las diversas figuras vocacionales de la fe* misma.

Entonces llega a ser posible también pedir opciones tan fuertes y radicales, como una llamada de especial consagración, al sacerdocio y a la vida consagrada. Por esto la propuesta de Dios, por difícil y rara que pueda parecer (lo es en realidad), se convierte también en una promoción imprevista de las auténticas aspiraciones humanas y garantiza el máximo de felicidad. La felicidad, llena de gratitud, que María canta en el *Magnificat+.

d) AUTO-RECONOCERSE COMO DISCÍPULO

Los ojos de los discípulos de Emaús se abren ante el gesto eucarístico de Jesús.

Es ante este gesto ante el que Cleofás y su compañero comprenden también el significado de su camino como un viaje, no sólo al reconocimiento de Jesús, sino también al del *propio reconocimiento*: *) No ardían nuestros corazones dentro de nosotros mientras en el camino hablaba con nosotros y nos explicaba las Escrituras?+ (Lc 24,32).

No es simplemente una mera conmoción en los dos peregrinos que escuchan las explicaciones del Maestro, sino la sensación de que la vida, la Eucaristía, la Pascua, el misterio de El, serán cada vez más su misma vida, eucaristía, pascua y misterio.

En el corazón que arde está el descubrimiento de la vocación y la historia de cada vocación. Unida siempre a una experiencia de Dios, en quien la persona se descubre también a sí misma y su propia identidad.

Formar a la opción vocacional quiere decir mostrar siempre más el nexo entre experiencia de Dios y descubrimiento del yo, entre teofanía y autoidentidad. Y cuando el acto de fe logra conjugar el *reconocimiento cristológico+ con el *auto-reconocimiento antropológico+, la semilla de la vocación está ya madura, mejor todavía, está ya floreciendo.

5. DISCERNIR (Cf. NVNE 37)

*En el mismo instante se levantaron, y volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los once y a sus compañeros, que les dijeron: El Señor en verdad ha resucitado y se ha aparecido a Pedro. Y ellos contaron lo que les había pasado en el camino y cómo le reconocieron en la fracción del pan + (Lc 24,33.35).

Finalmente, el resultado de todo el proceso como meta de llegada es la acción del discernimiento, que permite la decisión a la que aboca todo el itinerario recorrido. Esta tarea invita al animador vocacional a observar tanto en las reacciones del candidato como en el propio procedimiento algunos ingredientes que se presentan a continuación.

a) EFECTOS DE LA OPCIÓN VOCACIONAL EN EL LLAMADO

1. *Adquirir la capacidad de tomar decisiones coherentes*

En el relato evangélico que ha trazado el camino de nuestra reflexión, la opción viene claramente manifestada en el versículo 33: * Y al instante se volvieron...+.

La anotación temporal (* al instante +) proclama con fuerza la decisión de los dos, provocada por la palabra y por la persona de Jesús, por el encuentro con El, y se pone valientemente en práctica por una opción que supone ruptura con lo que eran o hacían anteriormente, e indica cambio de vida.

Es precisamente esta decisión la que falta a menudo en los jóvenes de hoy. Por tal motivo, y con el fin de * ayudar a los jóvenes a superar la indecisión ante los compromisos definitivos, parece útil prepararlos gradualmente a asumir responsabilidades personales, (...), confiarles tareas adecuadas a sus posibilidades y a su edad, (...), favorecer una educación progresiva a las pequeñas opciones de cada día ante los valores (gratuidad, constancia, sobriedad, honradez...)+.

Por otro lado, se recuerda que con mucha frecuencia estos y otros miedos e indecisiones denotan una débil planificación no sólo psicológica de la persona, sino también de la experiencia espiritual y, en particular, de la experiencia de la vocación como elección que viene de Dios.

Cuando es pobre esta certeza, el sujeto confía inevitablemente en sí mismo y en sus propios recursos; y cuando constata su precariedad, no es nada extraño que se deje dominar por el miedo ante una opción definitiva que tomar.

La incapacidad de decisión no es necesariamente característica de la actual generación juvenil; no es raro que sea consecuencia de un acompañamiento vocacional que no ha subrayado bastante la primacía de Dios en la elección, o que no ha sido formado a dejarse a elegir por El.

2. *Encontrar las fuentes de la propia identidad*

La opción vocacional indica cambio de vida, pero en realidad también es signo de una recuperación de la propia identidad, como una *vuelta a casa+, a las raíces del yo. En el pasaje de Emaús, dicha * vuelta + la simboliza la expresión: *...y volvieron a Jerusalén+.

Es muy importante, en la formación a la opción vocacional, afirmar la idea de que ella representa la condición para ser uno mismo y para realizarse según el único proyecto que puede dar felicidad. Muchos jóvenes piensan todavía lo contrario sobre la vocación cristiana, la miran con desconfianza y temen que no pueda hacerles felices; pero terminan después siendo infelices, como el joven del Evangelio (cfr. Mc 10,22).

Muchas veces las mismas actitudes de los adultos, incluidos los padres, contribuyen a crear una imagen negativa de la vocación, en particular al sacerdocio y a la vida consagrada, poniendo toda clase de obstáculos a su seguimiento y desanimando a quien se siente llamado a ellas.

Por otra parte, no se resuelve este problema con una banal propaganda a favor de la vocación que acentuase los aspectos positivos y gratificantes de la vocación misma, sino subrayando, sobre todo, la idea de que la vocación es el proyecto de Dios sobre la criatura, es el nombre dado por El a la persona.

Descubrir y responder a la vocación como creyentes quiere decir encontrar aquella piedra sobre la que está escrito el propio nombre (cfr. Ap 2,17-18), o volver a las fuentes del yo.

3. *Dar testimonio de la propia vocación*

En Jerusalén los dos *encontraron reunidos a los once y a sus compañeros, que les dijeron: *El Señor en verdad ha resucitado y se ha aparecido a Simón+. Y ellos contaron lo que les había pasado en el camino y cómo le reconocieron en la fracción del pan (cf. Lc 24,33-35).

El dato más significativo de este fragmento, respecto a la opción vocacional, es el testimonio de los dos, un testimonio particular, porque sucede en un contexto comunitario y tiene un preciso sentido vocacional.

En efecto, cuando llegan los dos, la asamblea está proclamando su fe con una fórmula (*En verdad el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón+) que sabemos figura entre los testimonios más antiguos de fe objetiva. Cleofás y el compañero añaden, en algún modo, su experiencia subjetiva, que confirma cuanto la comunidad estaba proclamando, y ratifica también su particular camino creyente y vocacional.

Es como si aquel testimonio fuese el primer fruto de la vocación descubierta y reencontrada, que viene puesta prontamente, como es propio de la vocación cristiana, al servicio de la comunidad eclesial. Viene a la mente, por tanto, cuanto ya se ha dicho acerca de la relación entre itinerarios eclesiales objetivos e itinerario personal subjetivo, en una relación de sinergia y complementariedad: el testimonio individual ayuda y hace crecer la fe de la Iglesia, la fe y el testimonio de la Iglesia estimula y anima la opción vocacional de cada persona.

b) EL DISCERNIMIENTO POR PARTE DEL ACOMPAÑANTE

El presupuesto irrenunciable para discernir las vocaciones es, ante todo, tener presente la naturaleza y misión de ese estado de vida en la Iglesia. Dicho presupuesto deriva directamente de la certeza de que Dios es quien llama, y por tanto de la búsqueda de aquellas señales que certifican la llamada divina. Se indican ahora algunos criterios de discernimiento, divididos en cuatro epígrafes:

1. Discernir la apertura al misterio del candidato.

Si cerrarse al misterio, característica de cierta mentalidad moderna, inhibe cualquier disponibilidad vocacional, su contrario, o sea la *apertura al misterio*, es no sólo condición positiva para el descubrimiento de la propia vocación, sino que es indicador de una recta opción vocacional.

a. La auténtica certeza subjetiva vocacional es la que *deja espacio al misterio* y a la sensación de que la propia decisión, aunque firme, deberá permanecer abierta a una continua investigación del misterio.

Por el contrario, la certeza no auténtica es no sólo la débil e incapaz de hacer tomar una decisión, sino también su contraria, que es, la pretensión de haber comprendido todo, de haber agotado todas las profundidades del misterio personal, pretensión que no puede sino crear intransigencias, y una certeza no pocas veces desmentida por el devenir de la vida.

b. La actitud típicamente vocacional es manifestación de la virtud de la *prudencia*, más que ostentosa capacidad personal. Precisamente por esto, la seguridad de esta lectura del propio futuro es la de la *esperanza y la confianza* que nace de la fe depositada en Otro, de quien uno se puede fiar; no es deducida de la garantía que dan los propios talentos entendidos como algo exigido por el rol que se ha elegido.

c. Son, también, buen indicador vocacional las capacidades de *acoger e integrar* aquellas polaridades contrapuestas que constituyen la dialéctica natural del yo y de la vida humana. Por ejemplo: posee tal capacidad el joven que es suficientemente consciente de sus inclinaciones positivas y negativas, de sus ideales y sus contradicciones, de la parte sana y de la no tanto de su mismo proyecto vocacional, y que no presume ni desespera ante lo negativo que hay en él.

d. Está bien familiarizado con el misterio de la vida como lugar en el que percibir una presencia y una llamada, el joven que descubre las señales de una llamada por parte de Dios, no sólo en los sucesos extraordinarios, sino en *su historia*; en los sucesos que ha aprendido a leer como creyente en sus interrogantes, ansias y aspiraciones.

e. Pertenece a esta categoría de la apertura al misterio otra característica fundamental del verdaderamente llamado: la de la *gratitud*. La vocación nace en el

terreno fecundo de la gratitud, y se manifiesta con impulsos de generosidad y radicalidad, precisamente porque nace del conocimiento del amor recibido.

2. *Discernir la identidad y las motivaciones vocacionales.*

El segundo orden de criterios gira en torno al concepto de * identidad+. En efecto, la opción vocacional muestra y contiene verdaderamente la definición de la propia identidad; es opción y realización del yo ideal, más que del yo real, y debería llevar a la persona a tener un sentido substancialmente positivo y estable del propio yo.

a. La primera condición es que la persona manifieste estar en grado de separarse de la lógica de la identificación a los niveles *corporal* (=el cuerpo es fuente de identidad positiva) y *síquico* (=las propias dotes como única y preeminente garantía de autoestima), y descubra, en cambio, la propia positividad radical unida firmemente al ser, recibido como don de Dios (es el nivel *ontológico*), y no a la precariedad del tener o del parecer. La vocación cristiana es la que lleva a término tal positividad realizando al máximo grado las posibilidades del sujeto, pero según un proyecto que normalmente lo supera, porque es pensado por Dios.

b. *Vocación+ quiere decir fundamentalmente *llamada+: es, por tanto, un sujeto *externo*, una llamada objetiva, y una disponibilidad *interior* a dejarse llamar, a reconocerse en un modelo no diseñado por el llamado.

c. Sobre la motivación o la modalidad de la opción vocacional, el criterio fundamental es el de la *totalidad* (o ley de la totalidad); esto es, que la decisión sea manifestación de una implicación total de las funciones psíquicas (corazón-mente-voluntad).

d. Más en concreto, hay madurez vocacional, cuando la vocación se vive e interpreta como un don, pero también como una llamada exigente: a vivir para los otros y no sólo para la propia perfección, y con los otros, en la Iglesia madre de todas las vocaciones, en un específico *seguimiento de Cristo+.

3. *Discernir la reconciliación del candidato con su pasado doloroso*

La tercera área sobre la que iría centrada la atención de quien discierne una vocación, es la referente a la relación entre pasado y presente, entre recuerdo y proyecto.

a. Ante todo es importante que el joven esté substancialmente *reconciliado con su pasado*, con lo inevitable negativo, de todo género, que forma parte de él, y también, con lo positivo, que debería estar en grado de reconocer con gratitud; reconciliado, además, con los modelos significativos de su pasado, con sus cualidades y debilidades.

b. Se considera ahora, con atención, el *tipo de recuerdo* que el joven tiene de su propia historia, qué interpretación hace de su propia vida:) en clave de gracia o de queja?) Se siente consciente o inconscientemente como acreedor, y por consiguiente, todavía en espera de recibir, o abierto a dar?

c. Particularmente significativa es la actitud del joven frente a los traumas de la vida pasada, más o menos graves. Proyectar consagrarse a Dios quiere decir siempre *re-apropiarse* de la vida que se quiere dar, en todos sus aspectos; tender a integrar las componentes menos positivas, reconociéndolas con realismo y adoptando una actitud responsable, y no simplemente auto-conmiserativa, ante ellas. Joven **responsable+* es aquél que se empeña en adoptar una *actitud activa y creativa* en la constatación del suceso negativo, o trata de *aprovechar de modo inteligente* su experiencia personal negativa.

Es preciso prestar mucha atención a las vocaciones que nacen como consecuencia de enfermedades, desilusiones o accidentes varios todavía no bien curados. En tal caso se requiere un más atento discernimiento, incluso recurriendo a consultas especializadas para no cargar pesos imposibles sobre hombros débiles.

4. *Discernir la *docibilitas+ vocacional del candidato.*

La última fase del itinerario vocacional es la de la decisión. En referencia a tal fase los criterios de madurez vocacional parecen ser estos:

a. El requisito fundamental es el grado de **docibilitas+* de la persona, o sea, la libertad interior de dejarse guiar por un hermano o hermana mayor; en especial en las fases estratégicas de la reelaboración y reapropiación del propio pasado, en particular el más problemático, y la consiguiente libertad de aprender y de saber cambiar.

b. En la base del requisito de la **docibilitas+* está la condición de ser joven como actitud global existencial. Es importante que quien solicita entrar en el seminario o en la vida consagrada sea verdaderamente **joven+*, con las virtudes y vulnerabilidad típicas de esta etapa de la vida, con la voluntad de dar el máximo de sí, capaz de socializar y de apreciar la belleza de la vida, consciente de las propias limitaciones y de las propias aptitudes, consciente del don de haber sido elegido.

5. *Discernir la centralidad del área afectivo-sexual en particular*

Un área particularmente digna de atención, hoy más que ayer, es la *afectivo-sexual*. Es importante que el joven demuestre que puede adquirir dos certezas que hacen a la persona *libre afectivamente*, o sea, la certeza que viene de la experiencia de *haber sido ya amado* y la certeza, siempre por la experiencia, de saber amar. En concreto, el joven debería mostrar el equilibrio humano que le permite saber estar en

pie por sí mismo, debería poseer la seguridad y autonomía que le facilitan la relación social y la amistad cordial, y el sentido de responsabilidad que le permite vivir como adulto la misma relación social, libre de dar y de recibir.

a. Por cuanto atañe a las *inconsistencias*, siempre en el área afectivo-sexual, un prudente discernimiento debería tener en cuenta la centralidad de esta área en la evolución general del joven y en la cultura (o subcultura) actual. No es, pues, extraño o raro que el joven muestre específicas debilidades en este sector.

) Con qué condiciones se puede prudentemente acoger la solicitud vocacional de jóvenes con este tipo de problemas? La condición es, que se den juntos estos tres requisitos:

1º. Que el joven sea consciente de la *raíz de su problema*, que muy a menudo no es sexual en su origen.

2º. La segunda condición es que el joven sienta su debilidad como un cuerpo extraño a la propia personalidad, algo que no querría y que choca con su ideal, y contra el que lucha con todas sus fuerzas.

3º. En fin, es importante comprobar si el sujeto está en grado de *controlar* estas debilidades, con vistas a una superación, sea porque, de hecho, cada vez cae menos, sea porque tales inclinaciones turban siempre menos su vida (incluso la síquica) y le permiten desarrollar sus deberes normales sin crearle tensión excesiva ni distraer indebidamente su atención. Estos tres criterios deber ser tenidos en cuenta para realizar un discernimiento positivo.

b. La madurez vocacional, en fin, es decidida por un elemento esencial que da verdaderamente sentido a todo: el *acto de fe*. La auténtica opción vocacional es a todos los efectos manifestación de la adhesión creyente, y es tanto más genuina cuanto más es parte y epílogo de un camino de formación a la madurez de la fe. El acto de fe, en el interior de una lógica que deja espacio al misterio, es precisamente el punto central que permite mantener juntos los extremos, contrapuestos a veces, de la vida, perennemente tendido entre la certeza de la llamada y la conciencia de la propia ineptitud, entre la sensación del perderse y del encontrarse, entre la grandeza de las aspiraciones y la pesantez de los propios límites, entre la gracia y la naturaleza, entre Dios que llama y el hombre que responde. El joven auténticamente llamado debería demostrar la solidez del acto creyente, manteniendo juntos estos extremos.

PROPUESTA VOCACIONAL

La “Propuesta Vocacional” marca el comienzo del Acompañamiento Vocacional...

Debe tener en cuenta necesariamente su triple dinámica:

- Vocación: Dios llama (siempre por mediaciones) y el hombre responde (siempre con libertad).
- Con-vocación: Dios llama desde los otros, con los otros y para los otros.
- Y Misión: Dios llama para algo.

1. ¿QUÉ ES EXACTAMENTE UNA PROPUESTA VOCACIONAL?

Se trata de hacer a otro la invitación personalizada y explícita de plantearse la posibilidad de una llamada del Señor a tal vocación específica. No se parte de una actitud de espera a que se le ocurra al otro, sino de “ida”, de iniciativa, de salida, de oferta. Presenta, pues, los rasgos de una pastoral típicamente misionera. La propuesta puede presentarse en tres pasos:

- Invitar a alguien a que se plantee la orientación vocacional de su vida.
- Invitarle a que, delante del Dios de Jesucristo, se pregunte: “¿Dónde serviré yo más y mejor?”
- Invitarle a reconocer su lugar en el conjunto de las diferentes vocaciones cristianas.

2. ¿QUIÉN DEBE HACER LA PROPUESTA VOCACIONAL?

Dios llama siempre por mediadores y mediaciones. No podemos olvidarlo. En principio, todos podemos ser portavoces de una propuesta a otros. Normalmente serán los agentes de pastoral –consagrados y laicos- quienes hagan la propuesta. Ellos deben constituirse en “mediaciones significativas” con una cierta “autoridad moral” que les permita cumplir un triple objetivo:

- Invitar a otros a leer la propia vida y la historia en clave de llamada. No les dicen lo que tienen que hacer, sino que les ayudan a formularse preguntas:

-¿Te atreves a preguntarle a Dios qué quiere El de tí?

-¿Te has preguntado si Dios te llama a...?

-¿Por qué no te lo piensas?

- Mostrarles al Señor Jesús que está presente en su propia historia personal, dándole sentido y orientación.
- Ser claros, respetuosos, pero también directos, al plantear abiertamente la propuesta.

3. ¿A QUIÉN SE DEBE HACER LA PROPUESTA VOCACIONAL?

La propuesta vocacional no es, normalmente, algo puntual y aislado. Con frecuencia supone un proceso de conocimiento y contacto con un joven al que definimos como “candidato”. En principio, el candidato presenta este perfil:

- Un o una joven que está viviendo su fe cristiana.
- Manifiesta inquietudes por vivirla a fondo con un compromiso más intenso
- Y muestra la suficiente idoneidad

Pero no se debe olvidar que la propuesta se puede hacer también puntualmente, en un encuentro fortuito, cuando se dan algunas circunstancias que lo aconsejan y con el cuidado requerido. El “olfato pastoral” del agente también debe funcionar.

4. ¿CUÁNDO SE DEBE HACER LA PROPUESTA VOCACIONAL?

Normalmente se deben tener en cuenta dos factores importantes como criterios de oportunidad de hacer directamente una propuesta vocacional:

Con relación a la edad, lo ideal es que se haga al final de la preadolescencia, en la adolescencia o comienzo de la juventud. Es importante tener en cuenta la perspectiva psicológica de la toma de decisiones de la vida (Vg.: año de COU; elección de carrera; cambio de residencia...). Pero no se puede olvidar el hecho del retraso de la adolescencia que hace que muchos de nuestros jóvenes se estén haciendo replanteamientos vocacionales durante la carrera universitaria.

Como momentos significativos para lanzar abiertamente la propuesta, pueden ser:

- La entrevista personal
- Una situación personal “especial”
- Un momento fuerte de su vida (experiencia misionera, descubrimiento de la oración, encuentro con una persona, campo de trabajo, pascuas...)
- Con ocasión de actividades vocacionales (catequesis, testimonios...)
- Con motivo de la asistencia a una ordenación sacerdotal, a una profesión, una visita a un centro formativo,... que haya podido causar impacto.

5. ¿CÓMO SE DEBE HACER LA PROPUESTA VOCACIONAL?

Normalmente, la propuesta vocacional se enmarca dentro de un contexto pastoral de conocimiento, confianza, libertad y fe. Desde ahí, se tienen en cuenta, entre otros, estos dos criterios prácticos:

- Dar tiempo suficiente a la reacción de candidato. La propuesta se debe hacer de manera propositiva, no impositiva. Y precisa de la paciencia y con la confianza, del acompañamiento y de la espera, de la ayuda y del respeto, de la libertad y de la docilidad discipular. Ello exige acompañar siempre. No dejar solos a los llamados. Colocarse a su lado.
- Motivar la adhesión a la llamada. Invitar a secundar la llamada. Ello supone despertar la disponibilidad y la aceptación, la adhesión y la correspondencia. No es una llamada entre otras.

6. ¿QUÉ HACER DESPUÉS DE PROPONER LA VOCACIÓN?

➤ Atender la reacción del candidato

Tras la propuesta vocacional se debe atender a la reacción del candidato. Dios ha hecho a las personas seres únicos y originales. Cada ser humano le dice “sí” a Dios con su peculiaridad propia. No se pueden homogeneizar las reacciones. Pueden darse, en principio, tres reacciones:

1. Que el candidato acepte hacerse el planteamiento. Se inicia así un proceso de acompañamiento que durará hasta que tome una decisión concreta, en el sentido que sea.
2. Que el candidato rechace hacerse el planteamiento vocacional, por las razones que sean, manifiestas o no. El agente pastoral habrá de ser respetuoso y comprensivo; evitará presiones innecesarias, a la vez que mantendrá abierta la posibilidad de un replanteamiento en un futuro. Si se mantiene la relación pastoral, posteriormente deberá abordar las causas de la negativa.
3. Que el candidato retrase –por los motivos que sea- el planteamiento. Convendrá fijar un plazo aproximado, según las circunstancias, para retomar el tema.

➤ Proponerle un itinerario de clarificación vocacional

La propuesta vocacional es solo el comienzo. Si procede, la continuación del servicio, debe mostrar un itinerario concreto de clarificación personal. Por ello, se deben concretar estos puntos:

1. Fijar fecha de la nueva entrevista personal.
2. Indicar sumariamente cómo se procederá para discernir la presunta llamada (basta con una indicación del itinerario de una forma global).
3. Acordar algunos criterios que deben estar siempre presentes:
 - La libertad en el comienzo y desarrollo del discernimiento
 - La sinceridad y claridad para abordar los temas
 - Unos ciertos compromisos que se irán derivando de los encuentros (referentes a la oración y reflexión personal, al estilo de vida, a la organización del tiempo...).
4. Detalles concretos para el contacto (dirección, teléfono o correo electrónico...)

CONCIENCIA DE LLAMADA

La vocación es una comunicación de Dios que se hace entender a través de signos vocacionales. Dios se acomoda al hombre. Utiliza una sabia pedagogía para dar a conocer su voluntad. Él se hace presente y audible sacramentalmente a través de experiencias concretas, normalmente no extraordinarias, que jalonan la biografía de una persona. Cualquier experiencia humana, lugar, persona o circunstancia pueden convertirse en vehículo de encuentro de Dios con el hombre. A esos acontecimientos singulares los llamaremos señales de la llamada. Por su densidad, resultan fáciles de localizar y diferenciar en la propia historia personal. Sin ellas, el candidato no adquiere conciencia vocacional. Se deben examinar siempre en el proceso de discernimiento.

SEÑALES DE LLAMADA MÁS FRECUENTES

Aunque son innumerables, entre las señales de llamada más frecuentes suelen estar éstas:

1. El proceso de maduración de la propia fe, que contiene una serie de encuentros significativos con el Señor en momentos de la historia personal.
2. La vida de la Iglesia como llamamiento. La vida de la Iglesia ofrece una inestimable ayuda a los llamados en orden a que ellos respondan adecuadamente a la llamada de Dios transformándola en opción fundamental.
3. La sensibilidad hacia los problemas de los hombres. Hay necesidades que en sí mismas son un reclamo, que despiertan un apremiante sentido de compasión y disponibilidad.
4. Las llamadas personales. Las que ha recibido directamente el individuo concreto y le han dejado con inquietudes, con dudas, con miedos... Esa herida suele ser uno de los más claros indicios de vocación.
5. Los modelos de identificación, esto es, aquellas personas con nombre y rostro, que han prendado al candidato. Aunque sean idealizadas al comienzo, asumen el papel de una auténtica llamada.
6. Las casualidades de la vida: aquellas circunstancias que, sin pretenderlo, han abocado al llamado a enfrentarse con la posibilidad de una llamada.
7. Las cualidades personales especiales y significativas. Para Dios llamar equivale a dar. Dios no llama a nadie para algo sin antes haberle dotado de lo necesario para llevarlo a cabo. Y los dones y la vocación de Dios son irrevocables (cf. Rm 11,29).

8. La Palabra de Dios y la oración personal. En ellas el Señor va despertando una libertad y una disponibilidad enormes en el orante. A lo largo de los procesos que se suscitan se pueden evidenciar las insistencias de la llamada de Dios.

9. Fantasías en la niñez y en la adolescencia. El modo repetido de imaginarse a sí mismo en el futuro suele nacer de un dinamismo interior preconsciente que puede ser revelador de una vocación.

Estas y otras muchas señales suelen ser ambiguas, al menos al principio. No evidencian de una vez por todas las llamadas. Que no aparezcan muy definidas no es razón para no responder. La vocación es siempre un misterio de fe y de amor que se despierta en el hombre poco a poco. Sin amor de amistad, que genere confianza y disponibilidad, no puede haber respuesta positiva ante la llamada, como tampoco la hay sin libertad exterior e interior.

“La vida se vive hacia delante, pero se entiende hacia atrás”. Ver el “hilo conductor” de la vida.

ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE LOS SIGNOS VOCACIONALES:

1. Son **experiencias**. Una experiencia es un aprendizaje por contacto con la realidad que altera total o parcialmente esa realidad.
2. Tienen un carácter **dinámico**: ponen en marcha, en búsqueda. No dejan indiferente.
3. Es algo **concreto**, que se puede detectar.
4. Tienen un carácter **religioso**. Remiten al Tú de Dios.

ORIENTACIONES PARA EL DISCERNIMIENTO DE LAS SEÑALES DE LLAMADA

1. Han de ser positivas. Estas señales manifiestan la llamada vocacional como acontecimientos o como dones de Dios. Sin ser necesariamente extraordinarias, deben presentar una cierta relevancia en la vida de la persona llamada. Éste debe mostrar que efectivamente ha tenido experiencias de llamada y las puede narrar incluso. No basta la simple suposición. Si el discernimiento repetido da como resultado la duda seria, hay que desaconsejar seguir hacia delante.

2. Se manifiestan, en tantas ocasiones, bajo la forma de gérmenes vocacionales. Aparecen a veces en la persona de una manera germinal, en forma de indicios más o menos evolucionados. Hay que tener habilidad para detectar esos gérmenes y confianza en la persona que los muestra, pues los indicios, cuando son positivos, se pueden desarrollar posteriormente con el esfuerzo de voluntad y la ayuda del Espíritu del Señor hasta alcanzar su plenitud.

Estrategias posibles:

- Hacer biografías. Escribir mi propia biografía. (hacerlo por escrito ayuda a objetivar)
Responder a preguntas como:
 - ¿Qué pasó? Cuenta tu historia.
 - ¿qué sentiste? (Importancia de los sentimientos)
 - ¿Cómo lo interpretas?

MOTIVACIONES VOCACIONALES

Las motivaciones son el conjunto de fuerzas psíquicas que dinamizan la inteligencia. Son como una especie de haz de fuerzas que mueven la vida.

El YO, la identidad personal, es un conjunto de dos elementos: **El Yo real y el Yo ideal**. Del Yo real emergen una serie de fuerzas que tienen su fuente en las necesidades: el hambre, la seguridad, la compañía, etc.² Al Yo ideal corresponde los VALORES (lo más noble que emerge de una persona: ser feliz, solidario, la entrega...)

El problema existe cuando la persona está dislocada: las aspiraciones van en una dirección y las necesidades en otra. Entonces se produce la **inconsistencia**: cuando las necesidades que nacen del Yo real entran en contradicción con los Valores del Yo ideal.

Es muy importante, en el discernimiento vocacional, detectar el mundo de las motivaciones.

Naturaleza de las motivaciones. Las motivaciones, que constan de un fin y de un impulso, constituyen la razón y la fuerza que mueven a una persona a conseguir las metas que se propone. Las motivaciones vocacionales hacen que una persona actúe con rectitud de intención y libertad al abrazar la vocación, y que ésta sea dinámica. Las motivaciones vocacionales, junto a la conciencia de la llamada, impulsan al candidato a abrazar la vocación de una manera responsable, dinámica y en constante superación.

² Cf. La pirámide Maslow

Tipos de motivaciones. En las motivaciones vocacionales hay que distinguir los siguientes aspectos:

a) Las motivaciones se pueden presentar de forma **consciente o inconsciente**.

Las **conscientes** son conocidas y pueden ser fácilmente detectadas, controladas y educadas. Las **inconscientes** no son conocidas a la persona, pero son activas, dinámicas e influyen eficientemente en sus comportamientos. Están movidas por una razón ajena a la propia conciencia, pero son reales. Se tiene que dar la coherencia y congruencia de vida para clarificarlas. Porque la persona puede ser sincera pero no auténtica porque hay motivaciones inconscientes. (Ej. El estar triste permanentemente, sin saber porqué. La alegría es un signo vocacional incuestionable). Es bueno preguntar: ¿De verdad que vienes buscando a Dios? ¿Qué buscas realmente?

b) Las motivaciones vocacionales pueden ser, además, **auténticas y no auténticas**.

Las auténticas son las que brotan de una persona libre, no condicionada ni sometida a presiones internas y externas (sin miedo, ni engaño. Son las reales que mueven a la persona aunque no se conozcan). Las no auténticas no mueven en realidad la persona, aunque se digan.

“No basta hacer el bien, hay que ser buenos”.

c) Las **válidas en inválidas** para la VR.

Las válidas son aquellas cuyo fin y contenidos están en línea con el mundo de valores de la vida concepcionista (vivir las exigencias del Reino, el seguimiento de Jesús, la evangelización...); por lo mismo, son, también, adecuadas y suficientes vocacionalmente. Las inválidas no es que sean malas, sino que no suponen motivación suficiente para la VR (Ejemplo entrar a ella para estudiar).

d) Las motivaciones vocacionales aparecen también a veces como **inadecuadas e insuficientes**.

Las primeras son aquellas que, aun siendo positivas, no se adecuan a los valores y al estilo de vida concepcionista. Las segundas, que también pueden ser positivas, no dan razón ni justificación completa para abrazar la vida concepcionista. Estas motivaciones, aun siendo buenas, no son válidas vocacionalmente.

Para ver si una persona es apta para la VR se tiene que haber verificado que sus **motivaciones son conscientes, auténticas y válidas**. El candidato ha de tener y manifestar plena libertad y recta intención a la hora de optar por una vocación de especial consagración. Esto significa que ha de estar impulsado por motivaciones vocacionales auténticas y válidas; es decir, ha de estar libre de toda presión interior y exterior que condicione su decisión y ha de estar movido por los valores propios de la vida consagrada.

El discernimiento de las motivaciones vocacionales es decisivo para dar un juicio adecuado sobre la idoneidad del candidato.

DISCERNIMIENTO DE LAS MOTIVACIONES VOCACIONALES

Para un mejor discernimiento, desde el punto de vista pedagógico, conviene tener en cuenta las siguientes orientaciones:

1. Hay que comenzar a detectar y clarificar las motivaciones desde la primera selección vocacional y se ha de continuar en las siguientes etapas. Las conscientes se suelen expresar explícitamente en las conversaciones, diálogos, entrevistas, cuestionarios. Las inconscientes son más difíciles de descubrir, pues no las conoce ni el mismo sujeto y, sin embargo, actúan por su cuenta y con eficiencia.

2. Las motivaciones conscientes e inconscientes pueden coexistir simultáneamente en la persona. Un candidato puede expresar una motivación consciente de acuerdo con los valores de la propia vocación y, sin embargo, puede estar movido de hecho por motivaciones inconscientes cuyos valores no tienen nada que ver con los valores del proyecto de vida vocacional. Esta situación requiere una clarificación.

3. Parece oportuno indicar algunos **síntomas** frecuentes que pueden llevarnos a sospechar la posible existencia de motivaciones inconscientes que no se adecuan con los valores vocacionales que se persiguen. Podemos hablar así de engaños vocacionales en cuanto que ocultan o confunden la autenticidad de la motivación. Con frecuencia vienen encubiertos con determinados mecanismos de defensa que entorpecen el acceso y se detectan por vía indirecta.

Aunque no se trata de dudar sistemáticamente de la vocación, sino de “discernir” para corregir la motivación adecuada y fortalecer la libertad y la rectitud de intención del candidato. Su respuesta vocacional deberá moverse por el bien real antes que por el bien aparente. Señalamos entre los engaños vocacionales éstos:

- La incapacidad persistente de la candidata para superar conflictos (dudas, dificultades, perplejidades, tensiones...) que le llevan con frecuencia a perder la paz interior y el equilibrio psicológico.
- Insatisfacción y falta de ilusión y de alegría prolongadas en la vivencia de los compromisos vocacionales que se deben ir asumiendo progresivamente.
- Incapacidad de superar las frustraciones inherentes a las renunciaciones propias del compromiso vocacional; mostrar una amargura permanente ante las dificultades de la vocación.
- Deseo de probarlo todo sin renunciar a nada, una vez determinada por un camino vocacional.

- No tener criterios de conducta coherentes con los valores propios que se profesan, a pesar de haberlos escuchado con frecuencia.
- No entregarse de hecho y en concreto a los demás. O entregarse de una manera desmesurada hasta perder la propia libertad personal (excesiva sumisión).
- No poner al servicio de los valores vocacionales las mejores energías y cualidades personales.
- Incapacidad para adaptarse a las circunstancias cambiantes por las que va pasando el individuo.
- Falta de una fundamental confianza hacia los demás. Manifestar formas competitivas o agresivas en la relación hacia ellos. Silencios sobre asuntos que son importantes y que se ocultan por motivos que se desconocen.
- Pereza e incapacidad eficaz y pronta de pasar del conocimiento teórico de determinados valores a comportamientos y actitudes de vida.
- Claridad y espontaneidad al hablar de las motivaciones deficitarias que se dan en toda vocación, sin miedo porque se posee en grado suficiente un peso motivacional adecuado.
- Un cierto “sexto sentido” de la acompañante que llega a detectar en la candidata –a veces sin poder ser muy explícita- que “algo no funciona bien”.
- Y otros indicios más que denotan la falta de lógica en los comportamientos concretos de la persona.

4. Aunque al comienzo del discernimiento vocacional las motivaciones no estén muy clarificadas y su autenticidad y validez no aparezcan con transparencia, sin embargo, pueden ser clarificadas, reorientadas y educadas. Se impone para ello su revisión y clarificación para depurarlas con honestidad y transparencia. Es una tarea difícil, por la tendencia a racionalizar y justificar las propias actitudes y comportamientos, y a proyectar en los demás los problemas y las deficiencias personales.

El discernimiento a la luz de la fe, la lectura vocacional de la Palabra de Dios, la revisión de vida personal y comunitaria, el autoconocimiento de las propias actitudes y comportamientos, la corrección fraterna, el consejo pastoral y el acompañamiento personal, son, entre otros, los medios más eficientes, que ayudan a descubrir y purificar los «porqués» de la propia conducta.

Las motivaciones no se suelen ver en la Pastoral Vocacional porque en esta etapa se subrayan mucho los valores y las necesidades se subliman. En la vida de formación es cuando salen las motivaciones, aparecen las inconscientes y reflejan una inmadurez e inconsistencia normalmente de carácter infantil y egocéntrico.

Indicadores a observar:

- Si una persona se resiste a hablar de algo permanentemente (p. e. la familia, la sexualidad...)

- Si las motivaciones que presenta son todas de corte “espiritualista” (¿Dónde están las necesidades?).
- Si hay grandes incongruencias (Ej. No estudia; se permite licencias de “doble vida” y no lo analiza...)
- Si está en continuo conflicto con todas las personas, todo la sienta mal, agresividad,
- Tristeza continuada...
- Situación permanente de indecisión...

Pedagogía:

¿Cómo se descubren? Lo más importante es que se manifiesten verbalmente pero a veces son es así y es muy importante la observación por parte de la persona acompañante, porque la persona ni se entera....razón por la cual han de convivir acompañante y acompañada. Hay actividades no específicamente religiosas, como es el deporte, una salida al campo, etc.... que ayudan a sacar las motivaciones inconscientes.

Si se ve necesario acudir aun especialista...pero es muy importante purificar las motivaciones. Y ofrecer incentivos para crecer. Esta es la tarea de FORMAR.

LA IDONEIDAD VOCACIONAL

En la ceremonia del compromiso definitivo nos preguntan: « ¿Qué pides a la Iglesia?» Y cada uno contestamos: «Pido ser admitido/a en...».

Toda vocación, para su confirmación definitiva, necesita el refrendo último y la acogida de la Iglesia y de la propia institución.

Decimos que la VC de hoy para mañana, exige, más que nunca, personas decididas, apasionadas y seducidas por el Dios de Jesús. Hoy son muchas las dificultades prácticas con las que nos encontramos a la hora de discernir la admisión o no de un posible candidato/a. Los jóvenes que se acercan lo hacen desde puntos de partida muy distintos y con motivaciones muy diversas.

Por otro lado, la escasez de vocaciones nos puede tentar de tal manera que corramos el riesgo de admitir sin discernir. A muchos de nuestros/as hermanos/as en religión se les oyen cosas como éstas: «Si a nosotros/as nos hubieran pedido la mitad de lo que piden a los jóvenes ahora no estaríamos aquí». Todo ello hace difícil y delicado este momento de la evaluación.

Sin embargo, bien sabemos que la vocación religiosa es un carisma, un don que se da a algunos/as. La VC tiene unos modos peculiares de ser vivida y por lo mismo requiere de unas condiciones básicas en aquellos que se deciden a seguir este camino.

Es verdad que «sólo Dios sabe lo que hay en el corazón de cada persona» y que «sólo Él, que escudriña los corazones», es quien puede juzgar la idoneidad de cada uno; pero es a la Iglesia, precisamente, a quien le toca pronunciar la palabra de acogida.

Por eso, aunque la fe no es medible, un cierto grado de integración sí podemos verificarlo; y la misma fe se percibe en signos concretos que nos hablan de la actitud de verdad, de cierta coherencia de vida, etc.

Para ayudar a esta evaluación en el discernimiento vocacional y aun a riesgo de reduccionismo, vamos a exponer algunos indicadores que nos están ayudando en el discernimiento vocacional.

¿Qué podemos pedir a los jóvenes?

Contraindicaciones para la VC.

El Derecho canónico señaló algunas que yo creo que siguen vigentes aunque quizá se han matizado un poco. Yo me permito recogerlos expresándolos con mis palabras: a) Falta de salud física. b) Falta de salud psíquica. c) Necesidad perentoria de tener que sostener a la familia. d) Condicionamientos psicológicos de personalidad o de carácter tan radicales que se hacen incompatibles con la manera de vivir la VC: castidad, vida comunitaria, posibilidad de vivir en distintas latitudes, etc.

Es verdad que estas contraindicaciones hoy se van matizando mucho, y que de no presentarse de forma muy exagerada, tienden a suavizarse; sin embargo, la experiencia da que hay que seguir teniéndolas en cuenta.

Descartadas estas contraindicaciones que normalmente se detectan con un adecuado examen psicológico (cada vez se hace más oportuno hacerlo antes de dar la entrada), vamos a enumerar, ahora, una serie de signos que ayuden, a modo de indicadores, en el proceso de admisión al noviciado.

Signos que nos hablan de una básica capacidad e integración humana.

Como criterios clásicos y siempre válidos señalamos:

- 1) Sentido de realidad. Ser capaz de situarse ante ella no sólo en función exclusiva de la persona y de sus propias necesidades, sino con una mínima objetividad que permita reconocerla en lo que es y significa.
- 2) Cierta autonomía básica. Conocimiento de sí en cualidades y limitaciones, autoestima, control y capacidad de dar una orientación positiva a los propios impulsos, ideas, sentimientos. Mínimos de autonomía física, afectiva, mental y social, que permitan a la persona tomar decisiones, elegir, actuar en libertad, responsabilizarse de su vida, valorar y procesar lo que vive con una cierta lógica y positividad.

- 3) Capacidad de comunicarse. Ser capaz de dar y recibir, abrirse y acoger ideas, sentimientos, acciones en la convivencia cotidiana, dentro y fuera de la comunidad, con un normal nivel de iniciativa y adaptación.
- 4) Cierta fondo de generosidad verificada. Se percibe en la capacidad de tener un ideal, proponerse metas de superación, compromiso de vida cotidiana en favor de los demás. Esto facilita la entrega, asumir ciertas frustraciones inevitables que la vida trae, disposición a arriesgarse.

Signos que nos hablan de posibilidad vocacional a la VC.

- 1) Deseo y disposición de seguir al Señor y entregarse al Reino como motivación básica. Aunque es verdad que las motivaciones en función de las propias necesidades conviven con las motivaciones de valor, hace falta que haya una cierta dominancia del valor principal para que pueda iniciarse el proceso.
- 2) Cierta base verificada de fe y experiencia religiosa. Aunque sea de forma incipiente, debe poder discernirse que es el Dios de Jesús, y éste encarnado y comprometido, el que atrae y no otras muchas «ganancias» que puede imaginarse de seguir al Señor por este camino.
- 3) Cierta coherencia entre la historia personal y el proceso vocacional. En la gestación de una vocación se encuentran experiencias propias y personales que han ido preparándola. Es muy importante tener en cuenta esto en el proceso, al menos, en el último tramo del camino hasta descubrir y nombrar la llamada. Este indicador se matiza en aquellas situaciones -en vías de crecimiento- de neoconvertos/as.
- 4) Alegría por lo que se comienza y sintonía con la familia religiosa que se elige para vivir la vocación. Se percibe una certeza -casi ingenua- de que el Señor dará la fuerza necesaria y de que es ésta la familia religiosa con la que se sintoniza.
- 5) Disposición clara a hacer rupturas de valor en lo vivido hasta el momento para iniciarse en una nueva aventura que no sabe bien adónde le va a llevar. Predomina la paz y no se obsesiona por aquello que tiene que dejar.

Comentario adicional:

La experiencia nos va enseñando que hoy existen unas condiciones de vida duras para mucho/as jóvenes (unos por defecto y otros por exceso) que no hacen fácil la maduración vocacional.

En la actualidad estas dificultades se traducen en problemas tales como: vidas marcadas por el dolor, la injusticia, la desestructuración, la falta (o el exceso) de cariño adecuado en cantidad y calidad, acontecimientos traumáticos vividos en la infancia o adolescencia que han bloqueado profundamente el desarrollo de una afectividad y sexualidad sana, conflictos en la configuración de la identidad sexual, homosexualidad, falta de voluntad, miedo a un compromiso de por vida. ¿Qué hacemos? ¿Lo/as descartamos a todo/as desde el principio? ¿Los admitimos sin más, confiados en que el Señor suplirá las deficiencias?

Una vocación, para que se desarrolle con positividad, requiere unos previos que, de no reunirlos, va a hacer difícil, cuando no imposible, el camino, con el sufrimiento innecesario que esto conlleva.

El noviciado como tiempo iniciático por excelencia de VC, requiere de estos previos. De ahí la importancia de revisar con lucidez cómo hacemos y acompañamos en la etapa de la Pastoral Vocacional. Discernir la índole de las dificultades cuando éstas aparecen, y poner en juego las mediaciones oportunas que pueden llevar a un/a joven que se siente llamado/a, a equiparse básicamente para aquello que le aparece como ideal.

Igualmente importante es, no hacer ilusiones, ni entretener a aquellos que no se las ve idóneas. El criterio que se utiliza actualmente de “alargar las etapas iniciales” para facilitar la maduración, me parece oportuno si hay un programa educativo adecuado a las necesidades de la persona, y medios para acompañarlo que posteriormente se puede evaluar; totalmente inadecuado si se deja, sin más, al vivir a la deriva con la ingenuidad hecha tópico de que «es la vida la que madura».

Tener paciencia y prudencia para acoger inadecuaciones y conflictos en los primeros años es necesario; pero por ingenuidad, contribuir a cristalizar inadecuaciones y problemas, es, a mi juicio, pecado de omisión del que se nos pedir cuenta.

EL ACOMPAÑAMIENTO VOCACIONAL

1. ¿Qué entendemos por “acompañamiento vocacional”?

Nos referimos al seguimiento personalizado que el acompañante hace de aquellos jóvenes que están viviendo el proceso de fe vocacional, a través de medios concretos, para hacer más consciente su asimilación del proceso. Podría definirse como aquella relación que tiene como finalidad acompañar a un joven en su proceso de crecimiento y maduración en el seguimiento de Jesús, ayudando a reconocer el proyecto de Dios en su vida y a vivir de acuerdo con él, haciendo presente el Reinado de Dios de la vida en medio de nuestro mundo.

El acompañamiento vocacional es un dinamismo privilegiado para suscitar, discernir y acompañar la vocación. A través del mismo es posible detectar y acompañar con profundidad las inquietudes y signos vocacionales que aparecen en los posibles llamados. Es uno de los principales dinamismos que ayudan a los jóvenes a personalizar su proyecto de vida cristiana específica.

Por ello hemos de considerar que:

- Es uno de los elementos educativos más importantes que el pastoralista tiene en sus manos ya que le permite conocer y orientar, con más detalle y profundidad, al joven en su crecimiento, inquietudes, dudas y aspiraciones.

- Hemos de darnos cuenta de que no es suficiente el acompañamiento a nivel de grupo (aunque el grupo es importante), sino que es indispensable conjugarlo con el acompañamiento y la orientación de cada joven del grupo para que pueda llegar a la personalización de la fe.
- Ofrece la posibilidad que tiene el joven de expresar y hacer más consciente su asimilación del proceso; el acompañante ha de comprender que, muchas veces, es necesario adaptar a cada joven las exigencias propias del momento que están viviendo, según las posibilidades de cada persona y esto solo es posible desde el diálogo y conocimiento personal; del mismo modo permite resolver mejor las dudas y dificultades personales, asimilar los valores humanos y cristianos, aclarar el sentido de la propia historia, iniciar en la oración, acompañar en la búsqueda de Dios y ayudar a descubrir su puesto al servicio de la Iglesia y de los hombres; cada persona tiene su propio camino que hacer y recorrer.
- No se identifica en absoluto con la "directividad" que infantiliza al sujeto haciéndole depender de las decisiones del acompañante, ya que el acompañamiento personalizado remite las decisiones del sujeto a su propia responsabilidad.
- Es una ayuda temporal e instrumental que una persona presta a otra para que ésta última pueda sentir y experimentar la llamada de Dios en su vida y pueda responder mejor a ella para unirse con Dios e imitar y seguir a Jesucristo en una familia carismática.

Hay muchas más definiciones que pueden decir lo mismo o algo muy semejante. Pero nos detenemos en tres aspectos que hay que considerar como los más significativos:

- EL FIN del acompañamiento es que la candidata responda personalmente al plan de Dios sobre él.
- EL MEDIO que utiliza es el discernimiento.
- EL INSTRUMENTO empleado es la relación o conversación de dos personas (acompañante y acompañado).

2. No confundir el acompañamiento vocacional

a. El acompañamiento se diferencia de la confesión: Este sacramento es para reconciliarse con Dios de las propias faltas y pecados. Aquel versa más sobre "agitaciones de espíritu", mociones, sentimientos, impresiones...decisiones libres... Se mueve preferentemente en el terreno de lo dudoso, de lo que no se tiene claro, de los temas donde la libertad es menor y no se da de ordinario conciencia de pecado. Obviamente el que sean cosas distintas no quiere decir que no puedan darse en alguna ocasión juntas.

b. No es "dirección": No es una imposición unidireccional, aun cuando se realice de manera muy sutil. No es el acompañante un "tutor" que organice la vida, los horarios, el descanso,

dé pistas y soluciones, le proporcione actividades apostólicas,... etc. aunque alguna vez tenga que hacer algo de esto.

c. No es una amistad entre iguales: Entre ambas partes no se da una comunicación simétrica. Es un tipo de relación de ayuda entre "desiguales", por cuanto que el acompañante no tiene porqué abrirse y manifestarse al acompañado.

d. Tampoco es psicoterapia, ni un lugar de desahogo o refugio psicológico, o un escape afectivo, o un consultorio... aun cuando en casos de adolescentes hayamos de acomodarnos a la inmadurez propia de su edad y de las circunstancias que viven.

e. Tampoco es una simple ayuda. Tiende a evolucionar en la medida en que se va desarrollando la relación de ayuda y se van cubriendo etapas del proceso de discernimiento. Por ello es una relación cambiante y adecuada a los diversos momentos en que se vive. Y su fin es desaparecer con la decisión de incorporación a la institución o estado de vida.

3. Elementos del acompañamiento vocacional

Existen cuatro palabras que hay que interrelacionar para definir y explicar la realidad única de la que estamos hablando:

a. **ACOMPañAR** es ofrecer aquel servicio de orientación y discernimiento, que implica ante todo un acercamiento fraterno. Acompañar es "caminar con", "ayudar a caminar", "estar con".

b. **DISCERNIR** es ayudar al joven a descubrir la llamada que Dios le hace y responder a ella. La vocación es un don que hay que discernir. El discernimiento vocacional no es sólo un proceso psicológico; es, sobre todo, un proceso de fe por el que se intenta captar la autenticidad de la vocación del candidato. Existen principios y criterios de discernimiento, nacidos de la realidad y de las exigencias de la vocación, que están definidos y establecidos por la Iglesia.

c. **PROCESO.** Por "proceso" queremos entender aquel segmento de la historia vocacional del individuo que abarca en concreto desde el nacimiento de la vocación (autoconciencia de la misma) hasta el ingreso en el correspondiente centro formativo (normalmente aspirantado, postulante o noviciado, según los casos). Ese llamamiento no siempre aparece claro. Incluso a veces se presenta como evasión, engaño o fantasía. Por eso el discernimiento no es una simple consulta, sino un proceso en el que la persona se compromete a seguir, con alguien que le ayuda, a hacerse consciente de las llamadas de Dios y a responder a ellas.

d. **VOCACIONAL.** La vocación se entiende como una realidad dinámica, tanto en la llamada como en la respuesta, que debe ser discernida gradual y progresivamente sin interrupción. La dinamicidad existe porque:

- Dios manifiesta su voluntad progresivamente y, además de la llamada inicial, sigue llamando constantemente a la persona durante toda la vida y la invita a una respuesta constante y sin descanso.
- La persona llamada debe estar impulsada por las motivaciones vocacionales, que son fuerzas dinámicas que mueven la personalidad.
- La vocación se desarrolla con la fuerza y el ritmo de la misma personalidad (dones, cualidades...) y de la gracia vocacional del llamado (exigencias vocacionales).
- La persona es estimulada por el mundo exterior, la realidad y los signos de los tiempos. Cuando el ambiente exterior es rico, la persona es más estimulada.

NOTA: Es importante diferenciar niveles de acompañamiento y también niveles en la comunicación (Cf. Termómetro de la comunicación)

EL DISCERNIMIENTO VOCACIONAL

Es un dato adquirido y confirmado por todos que el discernimiento es un elemento necesario en el proceso vocacional y una colaboración a la acción de la Providencia de Dios. No se puede reducir el discernimiento a algo meramente pragmático o eficazista, limitado a la comprobación de la idoneidad de un sujeto para una determinada vocación. Por supuesto que eso habrá que hacerlo, pero el discernimiento es algo más.

En concreto exige una **disposición permanente**: aquella actitud por la cual una persona tiende a la búsqueda de la voluntad de Dios sobre su vida. Tal es la actitud del creyente que, a ejemplo de Cristo, considera la voluntad de Dios como única y definitiva opción.

El discernimiento tiene sus propias claves:

- Parte de un acto de fe. Dios llama. Pero su voz no se transmite de forma inconfundible, sino por señales. Que deben ser reconocidas. Serán necesarios ojos y oídos atentos como los del Siervo de Yahvé: “El Señor me espabila los ojos cada mañana, para que escuche como los discípulos” (Is 50,4).
- En disponibilidad. El discernimiento se asienta sobre la disponibilidad, la actitud vocacional por excelencia, es decir, la resolución mantenida de llevar a cabo lo que se presume haber descubierto como mensaje de Dios.

- Pretende realizar un proyecto de vida. Apunta a englobar la vida entera poniéndola al servicio del Reino de Dios. Este proyecto lleva la marca de lo provisional, pues siempre queda algo por descubrir. Por eso reconoce lo imprevisible de Dios y está a la espera de la última carta de Dios, sabiendo que aún no es la definitiva.
- Por un itinerario de búsqueda. Pone al llamado en un estado de éxodo. El discernimiento es un estado de sensibilidad a las sucesivas llamadas de Dios, que provocan un proceso de rupturas, con frecuencia dolorosas, con las consiguientes crisis personales, que se traducen en una transformación personal. Es una conversión hacia el proyecto de Dios, su Reino.
- Con renuncia a las propias ideas. La clave del discernimiento está en la renuncia a las propias ideas acerca de lo que es la voluntad de Dios, sometiéndose a la renovación y transformación de la persona que hará posible el paso del saber que procede del mundo al saber que procede de Dios, es decir, a la escala de valores que proyecta la cruz.
- Desde una correcta estructuración de la jerarquía de valores. En tal jerarquía de valores en la que se asienta el proyecto de vida aparecen como motivación fundamental los valores que son comunes a toda vida cristiana: la construcción del Reino de Dios por el seguimiento de Cristo, por el amor universal, la conversión del corazón y la búsqueda.

EL MODELO OPERATIVO DEL ACOMPAÑAMIENTO PERSONAL

Veamos en concreto las tres fases según las cuales se articula tal mecanismo: proyección, reelaboración, reapropiación.

a. PROYECCIÓN

El joven que acude al coloquio y habla de sí no viene simplemente a pedir ayuda, a rendir cuentas o a cumplir con una obligación, sino fundamentalmente, aunque el no lo sepa, a imponer su punto de vista sobre sí mismo y transmitir al educador la idea que se ha hecho de sí. El joven trata de proyectar en el acompañante su mundo interior, el propio modo de ver los problemas personales y también de leer la voluntad de Dios sobre sí; y ejerce una cierta presión, en general muy sutil, sobre el acompañante para que razone, vea y decida de un determinado modo, para que crea en su versión de los hechos; aunque oficialmente, pida consejo y diga que tiene las ideas confusas.

Es importante, crear un clima de escucha sin interrumpir al joven, sin herirle, sin juzgarle y sin quitar importancia a lo que está viviendo.

El acompañante debe estar atento a lo que el joven cuenta de sí, valorando el por qué de la emoción de los hechos que le cuenta; favorecer el que exprese sus sentimientos, con frases para ayudarlo a seguir contando. Es muy importante en esta etapa saber formular las preguntas justas que le ayuden a ir descubriendo las motivaciones de su comportamiento. No hacer muchas preguntas en el mismo encuentro.

El mensaje que el joven debe captar es que el acompañante se interesa por su vida y esto facilita al joven la apertura del corazón. En este encuentro es importante analizar incluso aquello que el joven presenta como menos importante. Se aconseja que esos encuentros que se realizan periódicamente sean de unos cincuenta minutos. Hay un trabajo que el acompañante debe hacer de un encuentro a otro; tomar alguna nota de los elementos más relevantes de la conversación para ir constituyendo el mapa del joven.

El acompañante debe saber transmitir al joven una aceptación incondicional de su persona, de su pasado y de su presente, con sus problemas y aspiraciones, y también con sus proyecciones e intentos de control. Tal aceptación basada en la certeza de la amabilidad objetiva, supone una capacidad fundamental de empatía, que permite al que escucha comprender al otro sin condenarlo ni justificarlo.

El acompañante debe saber introducirse en el ambiente vital del otro, en su mundo subjetivo, aparcando temporalmente su modo de ver y sus convicciones. Es precisamente esta disponibilidad, inmediatamente perceptible y que el joven capta en mil matices, la que permite al joven expresarse animándole a abandonar ciertas defensas. Al contrario, una actitud rígida, una empatía menor o una cierta prisa en manifestar la propia interpretación o el propio juicio moral acaban por bloquear en su nacimiento, o en cualquier caso por perjudicar, la comunicación y la misma relación formativa.

La aceptación empática pretende poner al acompañante en condición de entender qué ha vivido y está viviendo a nivel profundo el joven; por tanto, en último análisis, aquello que persigue es el conocimiento del sujeto mismo o, la relación con la realidad total de su yo.

Todo acompañante debería tener en algún modo un mapa lo más preciso posible de la personalidad del joven, en el cual deberían estar diversos elementos.

- 1)** *La historia* del individuo, los hechos de su vida pasada, pero sobre todo su modo de recordar el pasado, el sentido de coherencia que sabe leer en su vida. Es importante reparar en la capacidad del sujeto para captar el designio global que hace de trasfondo a su historia y la convierte en historia de salvación o le hace reconocer el plan de Dios sobre sí, su proyecto vocacional.

- 2) El grado de *percepción del pasado*, es decir, la capacidad del sujeto de vivir una relación positiva con su pasado y de reconciliarse con él. Es de fundamental importancia para el acompañante verificar la capacidad del joven para descubrir lo positivo que hay en su vida y reconocer el afecto abundantemente recibido de los demás, aceptando al mismo tiempo los inevitables límites, de todo género, que forman parte de cualquier persona.

La certeza de haber sido amado es la condición básica de la libertad afectiva: sobre esta certeza el acompañante debe indagar con precisión preguntándose si la lectura que esa persona hace de su pasado es grata o reivindicativa, emotiva o indiferente, total o parcial, pone en evidencia sólo lo negativo, o lo que estimula tal, o bien sabe captar la desproporción entre lo que ha recibido y lo que ha dado o está pensando dar, cuánto influye la fe o cuánto contribuye la certeza del amor de Dios para dar estabilidad y libertad afectiva al sujeto. Este sondeo es decisivo con vistas a la apreciación del grado de madurez y libertad afectiva del sujeto.

- 3) El contenido de la *memoria efectiva*, es decir los residuos depositados por los acontecimientos de la historia pasada. La memoria afectiva es, en efecto, "la documentación viviente de la historia de la vida emotiva de la persona". Para conocer a la persona es necesario descubrir el inconsciente emotivo o las emociones que esos hechos han suscitado y que en algún modo se han sedimentado y condensado en la psique, haciendo a la persona sensible o particularmente reactiva, en el presente, a ciertas situaciones o a ciertas personas.
- 4) El tipo de *hermenéutica*, o la mentalidad general, o el modo de interpretar la realidad y de desafiar el futuro del sujeto. A menudo esta hermenéutica no es codificada en explícita, va un poco integrada y deducida de multitud de indicios ligados a la vida cotidiana. El acompañante debería verificar de qué tipo es la hermenéutica del joven, si es *regresiva* o *progresiva*.

Es regresiva, cuando está volcada hacia el pasado y hacia cuanto se ha experimentado como gratificante, al efecto de repetir esa gratificación, o, en clave reivindicativa, para apagar eventualmente una determinada exigencia que ha quedado sin completar o insatisfecha. La progresiva, explora la vida oculta o en devenir del individuo, y está abierta a un continuo movimiento de autotranscendencia, como tensión constante hacia aquello que es verdadero-bueno-bello e incluso por encima de las capacidades actuales del sujeto.

- 5) El mundo de los *deseos* de la persona es un elemento ulterior que escrutarse con atención. Es en el fondo el mundo de la libertad; los deseos son índice de la libertad del individuo. Por un lado hay un modo de desear que sea pobre y reiterativo, ligado a la hermenéutica regresiva, por el otro, hay un desear rico y original, estrictamente ligado con la hermenéutica progresiva y fruto de la atracción de mente-corazón-voluntad hacia lo que es verdadero-bueno-bello. Este

deseo libre y creativo introduce lentamente en el mundo limitado de los deseos de Dios. Es uno de los signos más indicativos de madurez vocacional y de libertad interior.

- 6) El área de los *valores* representa otro sector de vital importancia para el conocimiento del individuo. El joven en formación abraza un determinado plan de valores objetivos, que son ligados al carisma de la institución religiosa. a un nivel más profundo, que puede afectar al inconsciente: es el análisis del valor subjetivo, de aquello que vale verdaderamente para el individuo, de aquello que él considera importante para su identidad. Ese es su tesoro, ahí es donde está pegado su corazón.

A veces se da un evidente contraste entre los valores objetivos proclamados y este valor subjetivo, y es tanto más grave cuanto menos lo advierte el mismo sujeto. Por eso es fundamental que el educador descubra su contradicción, si no quiere trabajar en vano y construir su plan de formación sobre la arena de una adhesión meramente intelectual.

- 7) En el mapa de la personalidad del joven, el acompañante debería especificar con la mayor exactitud posible el nombre y naturaleza de las *inconsistencias vocacionales*. Identificar las zonas libres y menos libres, los ideales en los que hay coherencia, entre valor objetivo y valor subjetivo, entre proclamación y vivencia y aquellos en que falta esa coherencia; más aún, las áreas fuertes de la personalidad, sobre las que uno se puede apoyar para el camino de conversión y las menos fuertes y vulnerables.

Es necesario precisar la inconsistencia central, el área más débil y carente de libertad que substraer al yo una notable dosis de energía. Es justamente a partir de la identificación de la inconsistencia donde el camino formativo puede hacerse específico y ponderado, interviniendo en el punto justo, sin pérdida de tiempo ni de energías.

b. REELABORACIÓN Y OBJETIVACIÓN POR PARTE DEL ACOMPAÑANTE

Este segundo momento representa el punto crítico de todo proceso educativo. A la tentativa de proyección y control de la situación por parte del joven corresponde el esfuerzo de reelaboración por parte del acompañante. Si no se diera esta fase, no habría acompañamiento personal por el camino del Espíritu o estaríamos ante un acompañamiento personal débil y una formación reducida a pura homologación de los proyectos y de la mentalidad del joven.

En cambio, gracias a esta fase se opera un proceso de objetivación del camino formativo: el individuo, y lo que piensa de sí, es confrontado con lo que él podría y

debería ser. La reelaboración, o la capacidad de ponerla por obra, va ligada al grado de madurez general del acompañante.

Podríamos definir esta etapa como ese proceso a través del cual el que dirige trata de establecer una relación con la realidad total del otro, con aquello que es y con aquello que pretende ser, con cuanto ha dicho de sí y con cuanto no ha dicho, con su parte consciente y con la inconsciente.

El acompañante no se detiene en lo que el discípulo dice, en sus actos o en su carácter. Conoce lo que el joven es hoy, pero sabe entrever igualmente lo que podría ser si fuera más libre, más creyente, más animoso.

Ser acompañante significa algo muy preciso en esta etapa: *tratar de ver al joven con la misma mirada de Dios*. Dos son los instrumentos que puede usar para construir esta imagen ideal del otro:

- 1) Conocimiento de la imagen ideal del hombre.** Proponer al joven que si quiere llegar a ser él mismo debe atenerse a las leyes del desarrollo humano, afectivo, moral, intelectual, etc.; *si quieres entenderte y realizarte a ti mismo, primero debes convertirte en aquello que todo hombre está llamado a ser*.

Es obvio que el acompañante debe ser capaz de proponer una imagen precisa de la madurez humana y tener las ideas muy claras sobre lo que significa, por ejemplo, libertad afectiva, riqueza de deseos, identidad positiva, autonomía de decisión, disciplina inteligente, etc. Y tanto mejor si estas realidades y nociones se hacen objeto también de reflexión comunitaria o de lecciones formativas dadas al grupo. Lo importante es que en todo caso sean retomadas en el análisis con el individuo, y que este se sienta confrontado de manera puntual sin que pueda evitarlo, pero también con la esperanza de crecer.

- 2) Conocimiento de la actuación de Dios.** El acompañante posee, para definir esta imagen ideal, un instrumento que está ligado a su misma fe y al conocimiento del actuar de Dios que le viene tanto de la reflexión bíblico-teológica como de su experiencia personal de lo divino.
- 3)** Resulta clara pues, la naturaleza del proceso de reelaboración: no se hará basándose en los gustos personales del acompañante, sino que tendrá como punto de referencia una sabiduría que trasciende su persona, un modelo al que conformarse y que es superior tanto al acompañante como al discípulo. El acompañante no puede tender, por tanto, a hacer personas a su propia imagen y semejanza, sino a imagen y semejanza de Dios.

El principio que en esta fase es transmitido es: *Debes ser lo que Dios quiere de todo hombre, para comprender lo que quiere de ti en particular*. Dicho de otro modo; hay una objetividad precisa, un criterio normativo que es paso obligado para todo el que quiere realizarse ante Dios. Más aún, la adhesión a tal norma es condición para conocer el propio camino.

Una provocación de este género sacude en su raíz la pretensión del joven que trata de conocerse, de saber por anticipado su camino, o dejar que otros programen su futuro. Y le hace entender que no está en sus manos el misterio de la vida y de su identidad ideal; ha de buscarse e invocarse, y no sólo con la reflexión y la oración sino sobre todo conociendo y reconociendo los caminos recorridos por el Señor, las huellas de su paso, los signos indicadores de su presencia. En efecto, Dios precede, acompaña y sigue el camino del hombre. El joven en búsqueda o en formación debe aprender a toda costa a darle la preferencia.

Esto implica ante todo el reconocimiento y la aceptación del actuar de Dios y de las modalidades de esta actuación. El acompañante, que ha hecho su experiencia personal y ha aprendido en su vida a dar la preferencia a Dios, debe ser capaz de indicar al menos algunas características esenciales del estilo de Dios, o algunos caminos de su actuar, particularmente cuando Dios llama a una consagración especial.

Por otro lado, si el fin de la vida consagrada es la formación del discípulo de Cristo, como aquel que crece en la unión y en la configuración con él, y con su misterio de muerte y resurrección, es evidente que tal tipo de formación de toda la persona, corazón, mente, voluntad, debe ser una evangelización de los sentidos, de los sentimientos y de los deseos, algo que abraza a la persona en la totalidad de su ser y de su originalidad, algo que implica una conversión radical.

Sólo el Padre puede realizar este tipo de formación y, como en un tiempo plasmó al Hijo para que fuese expresión de su voluntad de salvación, así hoy el Padre sigue formando el corazón del Hijo en el consagrado.

Si el acompañante es el Padre, el joven ha de ser preparado para entrar en la lógica del Padre. El acompañante trata de suscitar la disponibilidad interior a dejarse plasmar por la mano y el estilo del Padre Creador. Estilo inconfundible, si bien difícil de aceptar y comprender. He aquí algunos de sus signos distintivos:

- ☺ La prueba, la lógica evolutiva será la del grano de trigo.
- ☺ El maná es la palabra nueva que da Dios cada día.
- ☺ El modelo son los sentimientos del Hijo en su total ofrenda al Padre y en su kénosis.

El ser libre quiere decir sentirse feliz de servir, amar es hacerse prójimo de todos y sobre todo, el término de este viaje será Jerusalén.

Si esta es la pedagogía de Dios, al hermano mayor le corresponde introducir en esta nueva óptica de vida que reelabora radicalmente los proyectos anteriores del joven y le ayuda a entrar lentamente en el mundo de los deseos del mundo y de amar a la manera divina. Al que acompaña le toca sostener en el momento de la prueba, apartándose progresiva e inteligentemente cuando la prueba es afectiva y la soledad puede convertirse en experiencia preciosa para el discípulo de una nueva intimidad con Dios.

c. REAPROPIACIÓN Y NUEVA IDENTIFICACIÓN DEL JOVEN

En esta etapa le toca al joven dar un ulterior paso hacia delante: reconocerse a sí mismo en la nueva reelaboración; más aún, reapropiarse de ella. El discípulo en esta fase reencuentra su identidad en el ideal que elige, siente suya la vocación, capta el carisma como revelación de su identidad. En esta fase se obra el descubrimiento del propio yo ideal. Este paso es posible teniendo en cuenta la ley de la totalidad.

El ideal elegido ha de amarse y apreciarse en sí mismo; la motivación que impulsa a elegirlo debe ser no sólo teológica y ética, sino también estética, es decir determinada por la belleza intrínseca del valor elegido y por la sensación-convicción de que allí está también la propia verdad, belleza y bondad: *amarás al Señor con todo el corazón, con toda tu mente y con todas tus fuerzas*.

Con toda la mente: la contemplación.

Con todas las fuerzas: el deseo.

Con todo el corazón: el enamoramiento.

Según la ley de la totalidad sólo la involucración unitaria intrapsíquica de las facultades típicamente humanas (corazón, mente y voluntad), cada una según la propia especificidad permite abarcar la totalidad del objeto, esto es la verdad, belleza y bondad de un ideal, y reconocer en él la propia identidad.

SITUACIONES PARA LA DECISIÓN VOCACIONAL

MÉTODOS DE ELECCIÓN

Se dan tres situaciones a partir de las cuales se puede montar el discernimiento, de manera contrastada y diversificada. A cada situación correspondería un método distinto. Sin embargo, conviene -en la medida de lo posible- ensayar los tres en la misma persona por el grado de garantía que nos puede ofrecer.

Primera situación: Claridad y evidencia vocacional

La candidata se ve invadida por una certeza y una claridad vocacional muy fuertes. No se plantean alternativas. La llamada del Señor atrae con una fuerza inusitada.

Y provoca un fuerte y libre asentimiento de la voluntad, la conciencia de sentirse muy libre en la respuesta, sin dudar ni poder dudar (como decía S. Ignacio).

Es una situación posible y real:

- De hecho pasan y pueden pasar por el misterio de la inhabitación del Espíritu como en casa propia en el corazón del hombre.
- De hecho toda buena elección conserva algún rasgo de esta situación, en la convicción creciente de que el Señor le llama por este camino.
- No se puede exigir como condición para la opción. Sería una arrogancia provocativa ante Dios. La candidata, asegurándose que busca rectamente a Dios y después de discernir diligentemente, no debe sustraerse al riesgo y a la oscuridad propia del acto de fe en el claroscuro de la historia.

¿Cómo distinguir las auténticas certezas vocacionales de los fanatismos y alucinaciones?

En estas últimas:

- No se parte de la disponibilidad.
- Hay frustraciones de fondo, unidas a autoimágenes narcisista y megalómanas.
- Automatismos y fijaciones obsesiformes en la anámnesis y en la verbalización de motivos y circunstancias.
- Faltas profundas de coherencia.
- Se evita el contraste y la mediación objetivadora.
- Si el sujeto no consigue pronto lo que quiere se torna agresivo o desaparece.

Segunda situación: Dudas por alternancia de experiencia religiosa de llamada.

a. Descripción

- Hay un sentimiento intermitente de gusto por responder a la llamada del Señor.
- No se da la suficiente claridad para detectar si viene del Señor la llamada, o son impresiones,... o impulsos ciegos; a veces se tiene la sensación contraria... Es decir, se da una alternancia de experiencia.

b. Orientaciones pedagógicas

- Lo primero, procurar una buena experiencia religiosa de oración. Sobre la experiencia de oración va a basarse todo el proceso de discernimiento.
- Observar los "estados" derivados de la oración bien hecha desde textos vocacionales. Interpretar esos estados. Ahí se juega todo el éxito del discernimiento. Aquí requiere que el acompañante sea experto en este tipo de discernimiento de "mociones".
- Se dan otros criterios complementarios en la hermenéutica de la experiencia, por ejemplo:
 - La medida o moderación...
 - La coherencia.
 - El equilibrio.

Tercera situación: reflexión racional

a. Descripción

- Es una situación serena, pero no amorfa. El sujeto no está embargado por alternancia de sentimientos.
- La acción de Dios permanece como imperceptible. La libertad humana se mueve sin experimentar que es movida.
- En la elección se da sobre todo un proceso racional de ponderación de pros y contras.

b. Orientaciones pedagógicas

- Lo primero, asegurar que la persona se encuentra en estado de LIBERTAD que propicie una decisión sin condicionamientos externos. En esa actitud, hay que fomentar el sentimiento de entrega en el Señor y un deseo de purificar las motivaciones.
- Proceder a la ponderación racional de pros y contras en favor de la decisión vocacional, en pasos:
 - Analizar los beneficios o perjuicios para el candidato en concreto de cada decisión (Decidirse por la vocación o no). Este análisis se hará por escrito y en varias sesiones.
 - Ver por dónde se inclina el mayor peso de las razones. La ponderación puede hacer en contraste con el acompañante vocacional. Tener en cuenta la calidad evangélica de la decisión.

LAS ACTITUDES DEL ACOMPAÑANTE

“Las tres cuartas partes de las miserias y malos entendidos en el mundo terminarían si las personas se pusieran en los zapatos de sus adversarios y entendieran su punto de vista”
Mahatma Gandhi

Lo fundamental en el acompañamiento no es fundamentalmente lo que se dice, ni las técnicas que emplea el acompañante, sino la calidad del encuentro personal, el establecimiento de una buena relación personal con el acompañado.

Tal relación se halla condicionada por las actitudes fundamentales del acompañante. Dichas actitudes se pueden reducir a las siguientes:

1. Fe en el dinamismo de la zona profunda del ser

En el fondo de toda persona existe una zona positiva que está animada por un impulso vital que permite a toda persona llegar a ser lo que es. Se trata de una tendencia propia a toda vida humana a expandirse, crecer, desarrollarse y madurar. Es una orientación profunda positiva, constructiva, que tienen a la realización de la persona, que progresa hacia

la maduración y la socialización. Cuanto mejor comprendido y aceptado es un individuo, mayor es su tendencia a abandonar las falsas defensas que ha usado para afrontar la vida y a comprometerse en un camino progresivo.

No se trata de tener una visión inocente e ingenua de la propia naturaleza humana. Por necesidad de defenderse contra temores internos, el individuo puede llegar a comportarse de manera increíblemente cruel, horriblemente destructiva, inmadura, antisocial y perjudicial. No obstante lo cual, las tendencias positivamente orientadas existen en el nivel más profundo, constituyendo uno de los elementos más reconfortantes y más vivificantes de la relación de acompañamiento.

2. Autenticidad

Consiste en que el acompañante se conozca tal como es, se acepte a sí mismo incluso en los aspectos más negativos que pueda haber en él y en la franqueza de presentarse a cara descubierta, evitando esconderse detrás de una máscara o del rol que desempeña.

Para ser auténtico no es preciso comunicar al acompañado todos los estados de ánimo que se guardan en el propio interior. Pero sí a no fingir. La autenticidad permite crear el clima de franqueza y de confianza recíproca necesario para la relación. La falta de autenticidad e introduce en el encuentro personal un “doble lenguaje” que oscurece la comunicación y hace perder la confianza en el acompañante.

3. Aceptación incondicional

Se le llama también actitud positiva incondicional, consideración positiva incondicional...Se trata de calor, atención, afección, interés, respeto,... por el acompañado. Ello supone que el acompañante admite realmente al acompañado, cualquiera que sea el sentimiento que lo mueve en el momento: miedo, confusión, dolor, orgullo, cólera, odio, amor, valor, terror,... y cuida de él pero no de una manera posesiva; que lo aprecia en su totalidad, y no de manera condicional. No se contenta con aceptarlo cuando tiene ciertos comportamientos, y desaprobarlo cuando tiene otros. Ello implica:

- **ACEPTAR SUS SENTIMIENTOS RESPECTO DE MÍ Y A LO QUE ME ES QUERIDO:** El acompañante debe preguntarse si es capaz realmente de permitir al otro experimentar sentimientos hostiles hacia él. Ello supone distinguir entre aceptar a la persona y aprobar los actos en sí mismos, en su contenido objetivo.
- **NO MANIFESTAR APROBACIÓN NI DESAPROBACIÓN, EN CUANTO A LA PERSONA Y SUS DECISIONES.** El acompañante debe ser un doble del otro, un segundo yo, otro él mismo, pero un yo confiado, comprensivo, sin temor, acogedor y amable. Esa actitud permite al otro recobrar la confianza en sí mismo y explorarse sin miedo de aceptarse y amarse.

El fundamento de la aceptación incondicional radica en que una persona vale siempre más de lo que parece. El fondo de su ser es positivo. Mi actitud de fe en ella

le permitirá despertar y manifestar en mayor o menor grado los tesoros ocultos en ella. Los aspectos negativos que manifiesta son reacciones de defensa contra temores internos.

4. Empatía en la diferencia

La empatía consiste no sólo en la capacidad de captar el significado de la experiencia ajena, sino también la capacidad de devolver este significado a quien lo vive, para que él/ella sienta que realmente está siendo comprendido. Percibir de manera empática es percibir el mundo subjetivo del otro, como si fuésemos esa persona.

Pero no debe anular nunca la distancia, de manera que no sea una disolución del propio yo en el ajeno o, a la inversa, del yo ajeno en propio. No hay que perder de vista que se trata de una situación análoga, “como sí”. Implica que se experimenta la pena o el placer del otro como él/ella mismo/a lo experimenta y que se advierte la causa como él la advierte -sus sentimientos o sus percepciones-, sin olvidar nunca que se trata de experiencias o percepciones del otro. Si esta última condición está ausente o cesa de obrar, no se trata de empatía sino de identificación.

Ha de ir unida a las otras actitudes de las que aquí hablamos también. No puede darse sin ellas. Puede ser considerada como actitud y como técnica:

- Como actitud significa sensibilidad hacia el acompañado, atención a sus contenidos existenciales, gozo en el acompañamiento de su proceso de integración personal y de clarificación opcional. Es la capacidad de sumergirse en el mundo subjetivo del otro y participar lo más posible de su experiencia.
- Como técnica, evita imponer soluciones. Actitud de “reflejo” (hacer de espejo), ayudarle a personalizar y establecer un proyecto personal. Debe afrontar algunos obstáculos que, entre otros, pueden ser:
 - La actitud egocéntrica
 - La directividad
 - La tendencia a juzgar y la rigidez mental
 - La afectividad no equilibrada

5. Respeto de la autonomía del otro

Esta actitud es importante porque sólo el acompañado posee la totalidad de las informaciones sobre lo que vive. El siente, al menos vagamente, dónde está el nudo de su proceso y dispone de los medios para resolverlo. La relación propia del acompañamiento debe favorecer el aprendizaje de la autonomía responsable. Ello exige:

- ALIENAR. Entre la exposición y el análisis de la propia situación, hay que dejar al acompañado escoger, al final, por sí mismo sus propias pistas, ya que él/ella mismo/a percibe intuitivamente la totalidad de su problemática y los aspectos que tienen importancia para él mismo en este momento. Hay que limitarse a seguirla y acompañarla en su búsqueda.

- **RESPETAR LA AUTONOMÍA.** En la búsqueda de los medios para caminar y en la toma de decisiones hay que respetar su autonomía. El acompañado debe descubrir el medio eficaz que ya le ha permitido en ciertas circunstancias obrar de la manera más satisfactoria, y solamente él puede decidir lo que le conviene ahora.
- **TENER FE EN EL OTRO.** Esto solo es posible si se tiene fe en el otro; fe en los aspectos positivos de su ser, a pesar de las perturbaciones y zozobras que puede describirnos; fe en el dinamismo vital que posee y que le permite hacer frente, por sus propios medios, a las dificultades que encuentra.
- **NO DIRIGIR.** Esta actitud supone que el acompañante debe haber excluido toda intención de hacer tomar conciencia, de dirigir, formar, manipular,... Para acompañar hay que utilizar una relación de enseñanza. La relación del acompañamiento es una relación destinada a ayudar al acompañado a hacer frente a las exigencias de la vida tal como se le presentan.
- **RESPETAR LOS RITMOS.** Ante la lentitud de proceso, hay que recordar que no hay crecimiento verdadero y definitivo, sino desde el interior. Lo único que está en nuestro poder para apresurar ese crecimiento, es crearle un ambiente propicio.